

Rubén Darío

Poesías y prosas raras compiladas y anotadas por Julio Saavedra Molina

A D V E R T E N C I A S

Aun cuando Darío publicó ocho libros de versos, trece de prosas, y algunos folletos, dejó, no obstante, sin recoger en libros una obra inmensa, que sus admiradores y sus herederos han ido recuperando desde 1916, año de su muerte. Pero todavía sigue olvidada y dispersa una porción considerable de sus escritos, en general menos valiosos que los por él compilados, pero dignos no pocos de haber figurado en sus mejores libros.

Años de activa recuperación fueron los de 1917 a 1927, en que aparecieron, entre muchos otros libros, las tres series de las «obras completas»; así llamadas porque ese fué el propósito de sus editores, pero que, por haber sido interrumpida la publicación, están lejos de contener toda la obra de Darío. Consta la primera serie en cuestión de veintidós volúmenes, editados por la empresa «Mundo Latino», de Madrid, en 1917 a 1919, y reimpresos luego hasta 1921. Forman la segunda serie siete volúmenes, impresos también en Madrid, en 1921 y 22, y concedidos para la venta a la empresa «Renacimiento» por su editor: Rubén Darío Hijo, o Sánchez. La tercera serie, compuesta de un volumen extraordinario seguido de otros veinte, es en cierto modo una continuación de la anterior, pero con numeración nueva y otros cambios, y se imprimió entre los años 1923 y 1929. Débense principalmente estas series de «obras completas» a los señores Alberto Ghirardo y Andrés González Blanco.

Pero durante el mismo tiempo hicieron aparecer también escritos olvidados otros dariístas, particularmente los señores G. Alemán Bolaños, Teodoro Picado y Regino E. Boti, todos tres en América; y en años recientes han venido a sumarse a estos aportes otros dos considerables: el de las obras publicadas en periódicos de Santiago y de Valparaíso, recogidas por don Raúl Silva Castro en *Obras desconocidas de Rubén Darío* (Santiago de Chile, 1934) y el de los *Escritos inéditos de Rubén Darío recogidos de periódicos de Buenos Aires* por Mister E. K. Mapes, que empezaron a reaparecer en el número de Octubre de 1935 de la *Revista Hispá-*

nica Moderna, editada por el Instituto de las Españas de la Columbia University, New York, y que no terminarán de publicarse hasta 1938, según me lo ha expresado en carta el profesor señor Mapes, quien añade que formarán entonces un volumen de unas doscientas páginas. (1)

No por eso se habrá agotado la recuperación. Abundan todavía las poesías y prosas de este despilfarrador de ingenio que, diseminadas en periódicos, no han sido recogidas en libros, o que, intercaladas en libros antiguos y ajenos, no han sido allegadas a la obra general de Darío, o reimpresas en años recientes. Las hay valiosas y de poca cuenta, y tantas que podrían fácilmente aumentar en algunos volúmenes la lista de libros, ya harto copiosa, del gran nicaragüense.

He reunido aquí solamente algunas poesías y prosas raras, de manifiesto mérito por su belleza o para el conocimiento del hombre y el literato. Las he acompañado de notas tocantes a su procedencia o para ilustrar alguna circunstancia. Son cuarenta y un trozos en verso, varios de ellos una simple estrofa, y quince en prosa, que no se hallan o por lo menos no he encontrado yo en ninguna de las tres series de «obras completas» de Rubén Darío editadas en Madrid. De los cuarenta y un poemas, veintidós provienen de las obras del Dr. don Regino E. Boti, de Guantánamo, Cuba, o me han sido enviados privadamente por él, a fin de incluirlos en la presente publicación; y los diecinueve restantes y las quince prosas han sido compilados por mí sin intervención de él.

Entre esas dos secciones hay otra con cuatro poemas, no por no hallarse éstos en las «obras completas», sino porque aparecen allí con errores graves. Muchos otros podrían añadirse, pero no he querido engrosar desmedidamente esta sección.

En fin, en una lista enumeró, además, las poesías y prosas que, aunque raras también y ausentes de las «obras completas», no se recogen en la presente compilación por no reunir alguna de las otras condiciones expresadas poco antes.

Sería aventurado afirmar que los poemas o prosas recogidos aquí, o por lo menos algunos de ellos, son de primera importancia. Ellos no han sido necesarios para calificar a Darío de «César de dos generaciones», como lo hizo Rodó, o para llamarlo «magnó poeta a la europea» y «maravilloso temperamento de artista del verbo, tanto en verso como en prosa», con palabras de Blanco-Fombona. No por eso, empero, dejan de tener algunos importancia grande y de añadir algo a la valiosa obra del gran escritor. Están particularmente en este caso los poemas *Lohengrin*, *Ya Dionisio...*, *La Negra Dominga*, *España*, *Fioretti*, y el cuento *Mi tía Rosa*, para no citar otros títulos menos «raros» que éstos, como *Roma*, *Balada laudatoria*, *La Larva*, *Benjamín Itaspes*, todos los cuales podrían hacer buena figura en cualquiera de los manojos de versos y prosas del nicaragüense.

La ortografía de los originales que reproduzco no es uniforme, ni es tampoco estrictamente la que aquí se emplea. Varios de los originales

(1) Las palabras de arriba fueron escritas en 1936, cuando se hizo esta compilación. En carta posterior, el Sr. Mapes me ha dicho que la guerra civil española ha desbaratado esos proyectos, pues la *Revista* se imprimía en Alicante.

provenientes de periódicos o libros chilenos están impresos en la ortografía «de Bello», que se usó antiguamente en Chile. Los demás lo están en la ortografía de la Academia Española, pero tal y como se prescribía en tiempos de Darío, con acento en las *á, ó, é, ú*, y demás usos de entonces. Muchos de los poemas están impresos, además, con mayúscula al comienzo de cada verso, como fué costumbre casi constante de Darío y lo era todavía de casi todos en su época. Son una excepción las primeras ediciones de *Abrojos*, de *Azul* . . ., del *Canto a la Argentina*. No ha parecido necesario extremar la exactitud reproduciendo también los detalles ortográficos o depuntuación.

I

POEMAS QUE NO HE ENCONTRADO EN LAS «OBRAS
COMPLETAS»

EN LA ULTIMA PAGINA DEL ROMANCERO DEL CID

*Mi non polida pénnola desdora
aqueste libro con poner un canto
en las sus fojas, que me inspiran tanto
que facen agitar mi pletro agora.*

*Nin la fermosa cara de la aurora.
nin de la noche el estrellado manto,
nin el milagro de cualquiera santo
belleza como él non atesora.*

*ca magüer es verdat que es non polida
la mi pénnola ruda et homildosa,
yo tengo entro del pecho, aquí encendida,
la foguera del bardo tan fermosa.*

*Por ende pongo aquí, magüer mal fecho,
aquesta trova, rosa de mi pecho.*

Página 25 de *Obras de juventud de Rubén Darío, Edición ordenada, con un ensayo sobre Rubén Darío en Chile, por Armando Donoso*. Editorial Nascimento. Santiago. Chile. 1927. «Soneto, que tiene todo el fuerte sabor de un vino añejo, escrito por Rubén a los catorce años», dice el señor Donoso en la p. 24. Catorce años tenía Darío en 1881. Quizá sea de 1882, cuando Darío era empleado de la Biblioteca Nacional de Managua y tenía 15 años.

Este soneto y la décima escrita en ocasión del segundo *Centenario de*

don Pedro Calderón de la Barca parecen poemas de inspiración semejante. Ambos nos hablan de dos influjos: la lectura de los clásicos castellanos y la de Montalvo, el de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Y son un antecedente de los poemas en estilo arcaico que Darío compondrá para *Prosas profanas*, siguiendo las huellas de Moréas en *Pèlerin Passionné* (1891); señalado en *Los Raros*.

En Chile no es éste un poema raro, gracias al señor Donoso, pero no acontece lo mismo en el extranjero, motivo por el cual se reproduce aquí.

LOHENGRIN

PARA ENRIQUE PRINS

*Castillo que decoras la ribera,
boscajé que decoras el castillo,
paloma que estremeces el tomillo,
onda que vas por la corriente fiera;*

*espuma virginal, brisa ligera,
canción de trovador, canto sencillo,
estrella que en el Rhin hundes tu brillo,
Loreley de la verde cabellera;*

*cisne de nieve, pájaro sagrado,
esquife del celeste enamorado,
barca del joven dios, lirio del Rhin;*

*de las trompetas el vibrante coro
anuncia el casco de diamante y oro
del rubio caballero Lohengrín.*

1886.

Páginas 13-14 de *Poesías escogidas (Líricas)* de Rubén Darío. Librería de la Vda. de C. Bouret. París. Sin fecha. Reimpresión del volumen de igual nombre de la «Biblioteca Liliput» que editaba hace unos veinte años Ventura García Calderón. El soneto lleva al pie esta nota: «Publicado en diarios de América después de la muerte de Darío.»

Por primera vez ha debido de aparecer, empero, mucho antes: hacia la fecha que lleva al pie. Y es contemporáneo del que sigue: *Parsifal*, como lo demuestra su hechura: larga enumeración con un solo verbo en el terceto final, procedimiento usado ya por Darío en 1883, en *El cantar de los cantares*.

PARSIFAL

*Violines de los ángeles divinos,
sones de las sagradas catedrales,
incensarios en que arden nuestros males,
sacrificio inmortal de hostias y vinos;*

*túnica de los más cándidos linos,
para cubrir a niños virginales;
cáliz de oro, mágicos cristales,
coros llenos de rezos y de trinos;*

*bandera del cordero, azul y blanca;
tallo de amor de donde el lirio arranca,
rosa sacra y sin par del santo Graal*
.....

Página 10 de *Para «Hipsipilas», Poemas raros recogidos por el Dr. Regino E. Boti*, La Habana, 1923. Copiado del ensayo sobre José Asunción Silva publicado por Rufino Blanco-Fombona, dice el Dr. Boti. Desgraciadamente, Blanco-Fombona no publicó el terceto final.

LA LIRA DE SIETE CUERDAS

A ELISA

Un príncipe ha dicho antes
sus palabras más sinceras;
justo es que pulse un poeta
su lira de siete cuerdas.

1.^a

*¿Cantar a la dama? Bien
está, por belleza y fama,
y es muy justo que a la dama
galanterías se den.*

*¿Cantar a la niña? Es cosa
que más mi lira prefiere.
Soy un loco que se muere
por los botones de rosa.*

Tú, ni dama ni niña eres,
 porque estás en el divino
 crepúsculo matutino
 en que nacen las mujeres.
 Luz y gloria son tus galas,
 ángel eres, y en Dios sueñas:
 tú debes tener las señas
 donde tuviste las alas.

2.ª

Has de saber, Elisa,
 que este mundo y el cielo valen nada
 ante el mundo que forma tu mirada
 y ante el cielo que crea tu sonrisa.

3.ª (Melopea)

Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,
 donde hay bosques de encinas y robles viejos
 y lagos muy azules, y rudos montes,
 atalayas que atisban los horizontes,
 y de arrebol
 coronan su cabeza,
 cuando la diana empieza
 que anuncia el sol!
 Es la floresta indiana, con sus rumores,
 sus pájaros y fieras, nidos y flores;
 con el himno salvaje que el viento toca
 en su arpa, que es el pino sobre la roca.
 Luego, el azul,
 los frescos platanales,
 los verdes cafetales
 y el abedul.
 Y, cuando ya esté allí
 en medio de las selvas, me acordaré de tí.

4.ª

Cantar a una paloma es dulce, es suave.
 ¿No es cierto Anacreón, y tú, Virgilio,

*que lleva la tierna ave
himno en el ala y en el buche idilio?*

5.^a

*¡Ve qué dicha, corazón,
tiene de la madre el beso,
del hermano la caricia
y de su padre el consejo!
¡Y nota, bardo, qué oro
para cincelar el verso!*

6.^a

*La cuerda del madrigal
quise pulsar en la lira;
mas no pulso cuerda tal,
que siempre dice mentira
la cuerda del madrigal.
Con fibras del corazón
quiero dejar, al partir,
en este álbum mi canción,
y la canción vas a oír:
con fibras del corazón:*

7.^a

*¡Oh niña, niña gentil,
que siempre estés de amor llenal
¡Oh dulce y blanca azucena,
que siempre estés en Abril!*

RUBÉN DARÍO

Santiago, Enero de 1888.

Según parece, este poema sigue inédito. Fué escrito por Darío en el álbum de la niña Elisa Balmaceda Toro, hija del Presidente de Chile y hermana de Pedro, el amigo del poeta; después esposa de don Emilio Bello Codesido, actual Ministro de Defensa.

En el capítulo *At home de A. de Gilbert*, cuenta Darío en qué circunstancias escribió este poema. Dice: «A través de los vidrios se veían pasar

juntas, como dos palomas, dos niñas dulces y pálidas, Julia y Elisa. Una ocasión, (1) hallándose don Carlos (de Borbón) en Santiago, me mostró Pedro el álbum de Elisa:—¡Y bien! ¡Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!

«Don Carlos había dejado en el álbum un delicado pensamiento. Antes que el príncipe habían escrito sólo dos personas: el ilustre padre de la niña, que puso en la primera hoja del libro una página de su corazón, y el poeta Guillermo Matta, que había rimado un hermoso soneto. Con cierta justificada vanidad por penetrar en tan honrosa y noble compañía a aquel jardín dedicado a un ángel, yo dejé mi ofrenda. Escribí *La lira de siete cuerdas*, versos inéditos hasta ahora, de los cuales no recuerdo sino una estrofa:

*Has de saber, Elisa,
que este mundo y el cielo valen nada
ante el mundo que forma tu sonrisa,
y ante el cielo que crea tu mirada.»*

Como se ve, sólo hay una leve diferencia con la estrofa escrita en el álbum.

El texto reproducido aquí ha sido cotejado con el original autógrafo.

En Enero del 88 Darío estaba en vísperas de partir para Valparaíso, y, según lo deja entender aquí, tenía ya el propósito de volver a su patria, viaje que no realizó hasta en Febrero del 89.

HIMNO DE LOS BOMBEROS

*¡Suena alarma, valiente bombero!
Va la bomba una hoguera a vencer.
Ponte el casco y camina ligero
donde vibra el clarín del deber.
— Vamos, vamos, con paso ligero,
donde vibra el clarín del deber.
¡Marchad!
¡Volad!
¡Fuerza, ardor y voluntad!*

I

*Oro y sangre semeja la llama
que voraz en el aire se eleva;
sopla el viento que aviva y renueva*

(1) Darío construía sin *en* este complemento adverbial. Véase otro ejemplo en la *Carta-Prólogo de «Renglones Cortos»*.

*del incendio el poder destructor.
Al hogar amenaza la ruina
y con eco de angustia infinito
sobre el ruido fatal se oye un grito
que demanda ¡socorro y favor!*

II

*Voluntarios, ¡corred hacha en mano!
Brilla el fuego furioso y devasta.
La humareda y el humo que aplasta
venceréis con constancia y valor.
Héroes bellos, rodeados de chispas
y de llamas terribles, vibrantes;
os saludan las bombas humeantes
con su fuerte y soberbio clamor.*

III

*¡Gloria a aquel que sucumba en la lucha!
Valeroso, sublime, esforzado;
gloria a aquel que al deber consagrado
salva vidas, riquezas, hogar.
Bronces hay que sus cuerpos encarnen,
y el recuerdo del fiel compañero
en el alma viril del bombero
nunca, nunca, se puede borrar.*

La Epoca, diario de Santiago de Chile, 26 - VII - 1888, Núm. 2202, pág. 3, columna 3.

Entre el título y el «coro» se lee la siguiente advertencia: «La letra que damos a continuación es debida a la pluma del poeta Rubén Darío, y la ha puesto en música el distinguido maestro Cesari, cuyas creaciones musicales han sido justamente aplaudidas. . . . »

He corregido algunas erratas de la impresión, mayores en esta advertencia que en los versos. La palabra *una* del segundo verso falta en el original.

YA DIONISIO...

*¡Ya Dionisio en su pollino
no visita templos fálicos,*

*al són de sistros metálicos
y entre los cantos del vino!*

*¡Ya los crótalos sonantes
no se entrechocan al viento
ni hay el impudor violento
y augusto de las bacantes!*

*¡Ya no hay Anacreón que ciña
en su frente silenesca
la corona alegre y fresca
de pámpanos de la viña!*

*¡Ya no es la ninfa Alegría
quien trisca bajo las parras
donde cantan las cigarras
y racimos dora el día!*

*Hoy, Dionisio, es la Tristeza,
el Dolor amargo y sumo
quienes apuran tu zumo
para alumbrar la cabeza.*

*Es el que es propio testigo
de su pesar o su afrenta,
es la prostituta hambrienta
y es el pálido mendigo.*

*De tu viña que ama el sol,
innúmeros desdichados
descienden desesperados
a un cocito de alcohol,*

*en cuyo fondo de lodo
se echa el que infeliz existe
y quien, por no morir triste,
prefiere morir beodo.*

*¡Tu carquesio está vacío!
¡Hoy si tu copa se llena
es porque alguien se envenena
por su dolor o su hastío!*

*Y en vez de la bacanal
y las voces de tus ritos
se escuchan los roncós gritos
del que rueda al lodazal.*

*Resucita, pues, ¡oh, Bacól,
tu brillante comitiva,
la alegría primitiva
y el carquesio dionisiaco;*

*que, así, los que del destino
no gozamos la bonanza
cobraremos esperanza
bebiendo tu viejo vino;*

*y, sin sentir esta cruz
y estas horas negras, frías,
nos creéremos en los días
del Olimpo y de la luz.*

*¡Evohé! porción humana
que pensáis al padecer,
¡bebed el licor de ayer
a la gloria de mañana!*

Lilas y Campánulas, revista de Santiago de Chile, 1897, año I, N.º 1, págs. 6 a 8.

Sin título, pero precedida de la siguiente advertencia: «Estrofas inéditas (De Rubén Darío)». Serían, pues, del período chileno: 1886 a 1889.

En el original que copio se lee en la estrofa undécima *diosiaco*, que he considerado errata en vez de *dionisiaco*, en cuatro sílabas. En la última estrofa se lee *Erobel* en vez de *Evohé!* Es claro que Darío escribió la exclamación con que en las orgías se evocaba a Baco, pero el cajista, que no la había oído nunca antes, En la penúltima estrofa se lee *se creerán* en vez de *nos creéremos*, como exige la concordancia gramatical, y donde hay que leer las dos *ee* sincopadas, como si fueran una *e*, cosa corriente en el uso de Darío.

La palabra *cocito* de la séptima estrofa es un latinismo o helenismo que significa río o pozo, de *Cocytus*, río del infierno de los paganos. En las estrofas 9 y 11, *carquesio* es otro helenismo o latinismo: castellanización de *carchesium*, copá en forma de casco de buque.

Las estrofas 4 a 8 explican vagamente las aficiones bohemias del poeta.

CHIRIPA

*Casi casi me quisiste;
casi casi te he querido.
Si no es por el casi casi,
casi me caso contigo.*

RUBÉN DARÍO.

Metapa, 1889.

España y America, revista de Cádiz, España, junio de 1924; en donde se advierte que está tomada del periódico *Nicaragua Informativa* de Managua; y este último dice que es una cuarteta inédita, que don Genaro Lugo halló escrita de puño y letra del poeta en una de las últimas páginas de un ejemplar del libro *Tres héroes* de Juan Montalvo.

Es un envío del Sr. Boti.

PARODI

*Dió luz a sus estrofas el cielo azul de Italia,
le atrajo con su inmenso fulgor el gran París,
ciñeron su cabeza los lauros de la Galia
y fueron sus hermanos los hijos de San Luis.*

*Las máscaras le dieron las gracias de Tesalia;
cantó el valor, un astro; y la virtud, un lis.
Y luego dió a los vientos su rítmica faunalia,
y el cielo, antes rosado, tornóse cielo gris.*

*Los gritos de su carne son gritos de bacante.
Las voces de su alma dan vida a la ilusión.
A la esperanza muerta levántala radiante*

*de su pectide helénica al desusado són.
Y en medio de la Francia, magnífico y vibrante,
su espíritu está lleno de aurora y de visión.*

Azul..., segunda edición, Guatemala, 1890. Suprimido en la tercera edición, Buenos Aires, 1905, y siguientes. Ha sido este soneto reimpresso dos veces: en *Pluma y Lápiz*, revista de Santiago de Chile, 7 - IV - 1901; y en *Revista Hispánica Moderna*, de Nueva York, VII - 1935, artículo *Los primeros sonetos alejandrinos de Rubén Darío*, por E. K. Mapes,

traducción al castellano del mismo artículo, en inglés, aparecido en *Philological Quarterly*, I - 1935.

Alessandro Parodi, 1842 - 1902, poeta nacido en Italia, autor del drama *Rome vaincue*, escrito en francés, representado en Chile en 1886 por Sara Bernhardt.

Faunalia es vocablo derivado de *fauno*. *Pectide* es voz griega, nombre de varios instrumentos musicales.

LIEDER

*He visto una visión con áureo nimbo
y con dos alas blancas;
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba;
amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh, Dios mío, Dios mío:
sé que me ama!*

*Cae sobre mi espíritu
la sombra, negra y trágica:
busco el seno profundo de la noche
para verter mis lágrimas.
Sé que, a la aurora, puede haber tristezas,
tormentos en el alma
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas...!
¡Oh, Dios mío, Dios mío:
sé que me engaña!*

Página 80 de *Hipsipilas, poesías raras recogidas por el Dr. Regino E. Botí*, La Habana, 1920; quien lo copió de *La Habana Literaria* del 30 IX - 1891.

En la página 43 de *Salmo de la pluma*, vol. V de la serie «ne varietur», hay otro poema con el mismo título.

EN EL ALBUM DE ADRIANA

*En medio de las brumas de la vida,
¡cuán dulce es la palabra despreñada
de los labios benditos de una hermanal*

*Yo que en el alma hondo vacío siento
busco quien me haga oír tan grato acento.
¿Quieres tú serlo, Adriana?*

Página 81 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado de la *Galería poética Centro-Americana*, de Ramón Uriarte, me ha dicho el señor Boti.

Está colocado después de *Lieder*, con lo cual el señor Boti indica que lo considera de más o menos la misma fecha.

Parece que esta Adriana se apellidaba Arbizú, como la salvadoreña Refugio de que habla el señor Soto-Hall, *Rubén Darío*, p. 222. En la p. 95 de *Salmo de la pluma* y en la 157 de *Canto épico*, volúmenes de la serie «ne varietur,» hay otro poema con el mismo título. Ambos poemas ¿no serán, más bien, de los años 1883 u 84?

LA NEGRA DOMINGA

FRAGMENTO

*¿Conocéis a la negra Dominga?
Es retoño de café y mandinga,
es flor de ébano henchida de sol.
Ama el ocre y el rojo y el verde,
y en su boca, que besa y que muerde,
tiene el ansia del beso español.*

*Serpentina, fogosa y violenta,
con caricias de miel y pimienta
vibra y muestra su loca pasión:
fuegos tiene que Venus alaba
y envidiara la reina de Saba
para el lecho del rey Salomón.*

*Vencedora, magnífica y fiera,
con halagos de gata y pantera
tiende al blanco su abrazo febril,
y en su boca, do el beso está loco,
muestras dientes de carne de coco
con reflejos de lácteo marfil.*

Página 93 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado de *La Caricatura*, periódico de La Habana, del 14 - VIII - 1892.

El señor Boti ha probado fehacientemente (p. 171 a 177) que estos versos, firmados por Darío y publicados como «inéditos» en este periódico.

co, que dirigía Julián del Casal, no son del poeta cubano sino del firman te. Darío estuvo en La Habana «hacia el 31 de Julio de 1892» y allí los escribió, a su paso para España. De regreso, estuvo en Noviembre, fecha posterior a la de la publicación.

CHI - CHA.

*De tus labios, vivas rosas
en que amor su sed no sacia,
vi volar las mariposas
de la gracia.*

*¡Ve qué tema!
¡Tu picante gracia criolla!...
¿Qué poeta desarrolla,
sin temblar, ese poema?*

*«Chi-Chá» suena como un beso,
mejor dicho, como dos.*

*Di: ¿no es eso
toda la gracia de Dios?*

*Venus te enseñó el reclamo
de tu risa cristalina;
y a tus pies desoja un ramo
Colombina.*

*Florido en tu tierra indiana
ves el árbol del limón,
primorosa prima hermana
de Mignon.*

*Una gota
de tu miel y tu canela
inspiró a España su jota
y a Italia su tarantela.*

*Que en la linda aristocracia
de las damas y las rosas,
tuyas son las mariposas
de la gracia.*

*Eres, niña,
ramillete de uvas fresco
que ve en la fragante viña
más de un gorrión picaresco.*

*Pero, ¡ah, justo es que recuerdes
que, aunque ellos arman camorra,
yo digo, como la zorra
que están verdes!*

Págs. 103 y 104 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado de *La Habana Elegante* del 19 - III - 1893.

El metro y algunos temas son los mismos de *Versos de año nuevo* y de *¿Dónde estás?* compuestos en 1891 y 2. Quizá sean poemas contemporáneos. En el verso quinto, *criolla* tiene sólo dos sílabas.

A LA PETITE ISABEAU

*Este, sin prólogo o preámbulo,
es un regalo precioso:
un poeta doloroso
te da un pájaro noctámbulo.*

*Ave de los corazones,
zenzontle del indio triste,
el duelo tus plumas viste,
la pena te da canciones.*

*Te entrego el pájaro, niña,
mas, si lo matas ¡traviesa!
que tu madre que te besa
por el pobre, que te riña.*

*Amalo: es un errante
poeta; quizá un reproche
lo hizo errar en la noche
y caer agonizante.*

*En tu peine dejan hebras
hoy tus hermosos hechizos;
hazle un nido con tus rizos
al pájaro que celebras.*

*Tienes tres años; la rosa
que está en el tallo tiene esos:
tus labios florecen besos
y no comprenden la prosa.*

*Y mañana, cuando a mí
gloria y penas dé la fama,
por la ingratitud de aquí,
por mi pájaro y mi llama
tendré un recuerdo de tí.*

Managua, II-1893.

Páginas 19 y 20 de *Para «Hipsipilas»* del Dr. Boti. Copiado del *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, del 1 - IV - 1921.

La fecha que trae el señor Boti es «1895». Pero este año Darío estaba en Buenos Aires y el poema está fechado en Managua y se refiere a un suceso que los biógrafos sitúan a su regreso de Chile.

En el primer verso, *preámbulo* tiene tres sílabas.

En el momento de corregir las pruebas de la presente compilación, que aguarda publicidad desde 1936, ha publicado don Rubén Darío (hijo) en *La Nación* de B. Aires, del 31-VII-38, un artículo en que da de este poema la versión que reproduzco, con detalles diferentes y mejores que la del Dr. Boti. Narra también el Sr. Darío Contreras el suceso que motivó el poema. El poeta encontró, cruzando el Parque Central de Managua en compañía de amigos, un pájaro aterido, que creyó un zenzontle, y, tras una disputa en broma sobre a quién pertenecía, lo obsequió a la hijita de don Francisco Huezo, Isabel, que en ese momento aparecía a la puerta de su casa en brazos de su madre. Los amigos pidieron al poeta que hiciera su regalo con dedicatoria, y Darío improvisó *A la petite Isabeau*.

PARA EL ALBUM DE PEPITA RIVAS

*Bajo el triste ciprés de mi duelo
pasa un ángel, un ave, una flor,
un botón de las rosas del cielo
una estrella en una urna de amor.*

*Y hay que dar a la niña amorosa,
princesita gallarda y gentil,
un cantar, una perla, una rosa,
un bouquet de mi pálido abril.*

*Fresco lirio de luz y de infancia,
que no salgas del cielo en que estás,
que conserves tu dulce fragancia,
que el otoño no llegue jamás.*

*En tu jaula perfumas y alegras,
pajarito travieso y fugaz;
tus pupilas, tan lindas, tan negras,
son consuelo, son dicha, son paz.*

*Cuando, libre de penas y enojos,
tus quince años te den su arrebol,
con mis líricas flores tus ojos
harán veces de rayos de sol.*

Managua, 3 - III - 1893.

La Nación de Buenos Aires, del 31-VII-38. Se halla en el mismo artículo de don R. Darío Contreras citado en las notas precedentes: *A la petite Isabeau.*

Si la paternidad de estos versos tan vulgares no estuviese atestiguada por persona de tanto crédito, nadie creería que su autor había escrito ya los maravillosos versos de *Azul*...

ROMA

*Antonino Lamberti, el peristilo
del sacro templo se alza en la colina,
y llega una fragancia tibustina
que acaricia a Hōracio y a Camilo.*

*Es la reina de Pafos y de Milo
que dió la aurora de la luz latina,
en donde halló por la virtud divina
gesto la estatua, la palabra estilo.*

*Amemos, Antonino, de tu Roma
la armonía sagrada, que áun subsiste,
de la gloria fugaz que el tiempo doma*

*y que en el verso o piedra que resiste
— rosa del mármol, lirio del idioma —
da la fragancia eterna del oariste.*

Páginas 48 y 49 de *Rubén Darío, Casticismo y Americanismo* por Arturo Torres-Rioseco, Cambridge, Massachusetts, 1931. Copiado de la revista *Caras y Caretas* de Buenos Aires, del 4 - III - 1916. Se halla también en la página 111 de *Hipsipilas* del señor Boti, copiado de la revista *El Fígaro* de La Habana del 9 - IV - 1916. Los dos textos no son iguales.

Fué escrito este soneto en 1896, en un cuarto de hora y a las cinco de la mañana, en el café del Hotel Americano de Buenos Aires, por Rubén Darío, autor de los versos impares, y el uruguayo Antonino Lamberti, autor de los versos pares, a quien elogia en el Cap. XXXVII de su *Autobiografía*.

La versión del señor Boti dice, en el último verso: «da la fragancia eterna de *lo Aristo*»; la del señor Torres: «da la fragancia eterna de *lo Ariste*», como pide la rima. Pero no sé lo que podrían significar esas expresiones y me parece evidente que lo que escribió Lamberti fué del *oariste*, es decir, un helenismo que significaría *del coloquio*, si, como sospecho, viene del vocablo *oaristys*, trato íntimo, empleado por Teócrito y por Andrés Chénier como título de idilios; pero en griego esta palabra es aguda: *oaristís*.

Darío la usó grave: *oaristís*, en dos de las piezas añadidas a *Azul* en 1890: *A una estrella*, prosa, y el soneto *Catulle Mendès*.

Eugenio de Castro, uno de los «raros», publicó en 1890 un libro de poemas titulado *Oaristos*.

BALADA, A LEOPOLDO DIAZ, PARA QUE TOME COMO CANCILLERA A UNA DE LAS NUEVE MUSAS

¡Partir a Suiza! ¡Qué hermosa cosa!
El mar, el barco que se desliza;
la pasajera ligera, hermosa;
una aventura que se eterniza . . .
¡Qué hermosa cosa partir a Suiza!
El monte: el hielo color de rosa;
el lago Léman: una vaquera;
el ranz que suena tras la colina;
y el cónsul lírico de la Argentina
con una musa por cancillera.

Nada más bello que ir adelante
corriendo el mundo, valles y montes:
ir en el ágil barco triunfante
con sed de tierras y de horizontes:
y nuestro cónsul será imperante:
(ha de cumplirse, sí, Dios mediante,

*la profecía del doctor Montes).
¡Que Dios le guíe, que Dios le quiera;
pero que vaya, hoy como antes,
con una musa por cancillera!*

*Glorias y honores son triunfos bellos;
pero en la tierra no ase el poeta
a la Fortuna por los cabellos;
es la Fortuna dama indiscreta
que ama a otros hombres que no son ellos;
los ruiseñores a los camellos
parias les deben rendir doquiera:
tal lo dispone la ingrata suerte;
mas, ¡cuán alegre se va a la muerte
con una musa por cancillera!*

ENVIO

*Cónsul, que partes al suelo suizo,
ama las Gracias, ama el hechizo
con que, beluario, domas la fiera,
con que has vencido la suerte ingrata,
y en tu carrera de diplomata
¡lleva una musa por cancillera!*

Buenos Aires, 1897

Páginas 22 y 23 de *Hermas Viales, nuevos versos raros recogidos por el Dr. Regino E. Boti*, Guantánamo, Cuba, 1924. Copiado de *Social*, periódico de La Habana, de II - 1923.

En el tercer verso del «Envío», *beluario* es un galicismo (*belluaire*, domador de fieras, derivado del latín *bellua*, fiera). El *Diccionario* de la Academia trae solamente *belua*, con la mención de «anticuado» y significado de «bestia». León Bloy, uno de los «raros», es autor de un libro titulado *Belluaires et Porchers*. El vocablo se encuentra también en *Letras*, artículo *Hércules* y *Don Quijote*, y otros.

En el penúltimo verso, *diplomata*, masculino y para rimar con «ingrata», puede tenerse también por galicismo (*diplomate*, como *aristocrate*). Por donde se ve que si el castellano no hubiera tenido ya «diplomático», la forma que Darío tenía que inventar, al no requerirlo la rima, era «diplomata».

ESPAÑA

*Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola;
va con rumbo a una Atlántida española
en donde el porvenir calla y espera.*

*No se apague el rencor ni el odio muera
ante el perdón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
lo sentirá la humanidad entera.*

*Y hogue entre las olas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes:*

*que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el Capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.*

Página 25 de *Hermas Viales* del Dr. Boti. Copiado de la *Revista Ilustrada para Familias*, periódico de anuncios, 1923. No dice el señor Boti de qué país era esta revista.

Cualquiera diría que el poeta alude a las derrotas sufridas por España en Cuba y Filipinas en 1898 y que el soneto fuese contemporáneo de los sucesos. El pensamiento final es semejante al de *A. Roosevelt: Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios!* El cual no significa, como algunos han entendido: *No creéis en Dios*, o *No teméis a Dios*, sino: *Contáis con todo, pero no contáis con la voluntad de Dios, que puede resolver otra cosa.*

TOAST

A DON JUSTO SIERRA

*Ser feliz campeón de los ilustres juegos
en que son, semidiosos y poetas, hermanos:
ver en sueños temblar la gran lira, en las manos
del viejo rey de musas, príncipe de los ciegos;*

*prender su antorcha humana con los divinos fuegos
y mantener en nuestros bosques americanos,*

*al par que la frescura de los mirtos romanos,
el verdor armonioso de los laureles griegos;*

*y—alma tan transparente y sonora que admira
por el puro cristal en que su esencia encierra
y en que como el oriente de una perla se mira —*

*honrar al continente y enaltecer su tierra,
y todo ante la gracia celeste de la lira,...
son los más grandes cargos contra don Justo Sierra.*

1901

Pág. 24 de *Hermas Viales* del Dr. Boti. Copiado del periódico *Social* de La Habana, de II - 1923. La fecha que trae al pie es «1903»; pero me parece que F. Contreras está en lo cierto cuando dice en la p. 92 de su *Rubén Darío*, primera edición, que el poeta, «que admiraba a Sierra, le dedicó un soneto, *Toast*, que leyó en un banquete que ofrecieron a éste los escritores americanos». Y eso ocurría en los mismos días en que Sierra prologaba el libro *Peregrinaciones*, es decir, en «París, abril de 1901».

En la p. 20 de *Para «Hipsipilas»* y en la 85 de *Baladas y Canciones* hay otro poema con el mismo título, de 1896 y en honor de Ed. Schiaffino.

FIDELIDAD

*Muda estaba la lira, el bardo ausente,
cuando pasó errabundo trovador
que la quiso pulsar irreverente...
¡Aun gime doliente
la profanada cuerda que estalló!*

*Del ausente poeta-caballero
las nobles armas envidió el juglar,
llevó una espada a la cintura; pero
al tirar de ella se enrolló el acero,
e ¡hirió la mano audaz!*

*Vino a curar al huésped una dama
a quien llorosa el paladín dejó;
y, ambos, ardiendo en abrasante llama,
cuentan que corta fué su noche, y fama
es que la dama entonces no lloró...*

Pág. 115 del *Parmaso Nicaragüense, Antología...* compilada por Alberto Ortiz, Barcelona, Maucci, sin fecha, pero publicada entre los años 1911 a 14. 256 p. de 19X12 c.

Se halla también en *Hipsipilas* del Dr. Boti, quien la cree de 1901 o posterior. Sin embargo, por su tono es poema de la misma inspiración que *Abrojos*,

PARA COCONI

*Coconí, nombre de flor,
o de pájaro, o de gema
de la Biblia, es un poema
hecho de trino y frescor.*

*Coconí es el cocotal
y el picaflor y la miel;
y el mirlo sobre el laurel,
al lado del manantial.*

*Flor de sol, botón de aurora,
pequeñita soberana,
maravilloso «mañana»
que eres un divino «ahora».*

*Junto a la amable tormenta
que tienes por padre, sueña
tu almita que está pequeña,
¡si vieras cuánto le alienta!*

*Quisiera ver, Coconí,
cuando tú seas mujer,
la cara que has de poner
al acordarte de mí.*

*Tu linda boca dirá:
«Bellos versos me escribió
aquel señor que pasó...
y que quería a papá».*

París, 1902.

Página 24 de *Para «Hipsipilas»* del Dr. Boti. Copiada del *Suplemento Comercial Ibero-Americano* del diario *The Times* de Londres, del 3 - I - 1921.

¿Quién sería el «tormentoso» papá de Coconí?

CANCION DE ESPAÑA

*Existe en el salón de porcelana
del Palacio Real una Diana
labrada en alabastro. Es blanca y bella.
La divina doncella*

*decora el borde fino de una mesa.
Al mirarla he pensado
en la dulce princesa
que allí la joven frente ha reclinado.*

*Y en los gallardos pajes,
imberbes Endimiones,
que llevaban, antaño, en los salones,
las largas colas de los regios trajes. . . .*

Página 118 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado del periódico *El Cubano Libre* de Santiago de Cuba, en donde tiene el título de *Canciones de España*, no obstante tratarse de una sola obra y, al parecer, incompleta. El señor Boti extravió el apunte de la fecha, que atribuye, empero, a 1902, 3 o 4.

JOSEPH GUSTAVE MOREAU

*Visionario divino,
Joseph Gustave Moreau,
Pintor de ensueños de oro y de diamante fino,
de perfección enfermo, de perfección murió.
Tengo este haz de sus luces, para Eduardo Schiaffino,
con corazón y mente se las ofrezco yo.*

RUBÉN DARÍO.

París, 1905.

Cosmópolis, revista de Madrid, VII - 1922. Es la dedicatoria autógrafa puesta en un ejemplar del libro de Paul Glat, *Le Musée Gustave Moreau*, regalado por el poeta.

Los dos primeros versos pueden considerarse como otro alejandrino

de 14 sílabas, con rima interior, pues la pronunciación de Joseph Gustave Moreau da seis sílabas.

Es un envío del Dr. Boti.

ANTONIO MACHADO

*Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida,
y del amor y del placer,
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso
un día al imposible fué.
Ruego por Antonio a mis dioses;
ellos le salven siempre. Amén.*

Páginas 119 y 20 de *El canto errante*. Madrid, 1907
No ha sido reimpreso en ninguna de las ediciones posteriores.

A MARIA CASTRO

*Eco, por segunda vez,
es
mensajera que adivina
divina
lo que mi voz extasiada
hada*

dejaría a tus encantos
cantos.
Pediría al coliflor
flor
lo que por flor de mujeres
eres:
a la inglesa Rosalinda
linda
su encanto en la selva rara,
para
que tu casi infancia encante
cante
y borde de primorosas
rosas
lo que la vida te amaga,
maga.
Jasonidas de Jasón
son
los que somos sus marinos
y nos
vamos siempre al ideal,
al
ideal de la Harmonía,
y a
dar a ojos de universos
versos,
y a encantos alabastrinos
trinos.
Por tí, ideal Odisea
sea,
si ya el amor te convida,
vida.
Por tí, brillan las estrellas.
Ellas
de tu corazón sabrán;
y han.
de darte, en luces, regalos;
y, a los
esplendores de su llama,
ama.

*Con tu cabeza risueña
sueña,
y ten, por divisa, un astro:
Castro.*

León, 1908.

Páginas 27 y 28 de *Hermas Viales* del Dr. Boti. Copiado de *Social de La Habana*, de I - 1924.

En el original que copio, el primer eco: *es*, forma parte del verso siguiente dándole una sílaba de más. La rima de *z* con *s* no debe ser un obstáculo para la corrección, pues Darío pronunciaba a la americana y rimó varias veces según su uso, como era justo.

A MARIITA DEBAYLE

- *Mariíta, ¿hay quién te cante?*
— *Diamante.*
— *¿Y quién sueñe con tu falda?*
— *Esmeralda.*
— *¿Y quién te juzgue preciosa?*
— *Rosa.*

*Tú, siendo tan primorosa,
deberías de poner
en pulsera de mujer:
Diamante, Esmeralda, Rosa.*

Marzo 21, 1908

Página 26 de *Hermas Viales* del Dr. Boti. Copiado del periódico *Social de La Habana*, de I - 1924.

A CARRASQUILLA MALLARINO

*Por olas intranquilas y por soplos amargos
iba el bajel de Grecia con rumbo a la ilusión;
Febo daba su oro para la nave Argos
y Júpiter sabía el sueño de Jasón.*

*Espera infamias duras y aguarda vientos largos,
tú que tienes por nave tu propio corazón;
que si tienes cuidados y multiplicas cargos,
a la cuenta de tu alma, lírica y dulce, son;*

*y a la cuenta de tu alma te pondrán tus locuras,
tus conquistas fugaces y tus cosas impuras.
El ángel de la guarda exacto y puro es:*

*así que peques mucho o así que peques poco,
te salvarás por santo, por poeta o por loco;...
y las cuentas finales te arreglarán después.*

RUBÉN DARÍO.

Corinto, 1908.

Página 11 de *Las mejores poesías* de Carrásquilla-Mallarino.
Editorial Cervantes, Barcelona, sin fecha, pero de 1919 o 20.

PARA ALICE DE BOLAÑOS

EN UN ABANICO

*Al dar aire a tu frente
esta ala de armonía,
en que la poesía
por tí vibrar se siente,*

*sentirás de repente
soplos de simpatía:
será el aura que envía
Centroamérica ardiente;*

*será como el perfume
cálido, que resume
algo que en tí se fragua*

*y que tu sér duplica,
lirio de Nicaragua,
rosa de Costa Rica.*

New York, Abril de 1908.

Página 130 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado de la revista *El Figaro* de La Habana, del 11 - V - 1908.

A MI JOVEN AMIGO CARRASQUILLA MALLARINO

*Ora, amigo: al dolor acerbo
 pon tu puntal;
 y, como dice Amado Nervo,
 ten tu puñal.*

*Pon siempre a refrescar tu mente
 con lirio y rosa,
 como vuela divinamente
 la mariposa.*

*Ten l'alma lista a lo imprevisto,
 y rosa y lis;
 y ten tu Nueva York preciso,
 o tu París.*

*Viaja con tu alma en tu maleta
 y un cheque, con
 tus facultades de poeta
 y tu ilusión.*

*El que te dice estas palabras
 hace obra propia,
 puesto que sabe que tú labras
 tu cornucopia;*

*una cornucopia que tiene
 profunda ciencia,
 cuya ciencia le viene
 de la experiencia.*

RUBÉN DARÍO.

Océano Atlántico, 1909.

Letras, periódico de La Habana, del 14 - III - 1909.

El penúltimo verso ha de estar estropeado; tal como está es un ripio y le faltan dos sílabas, pues todos los otros impares son eneasílabos.

Es un envío del Dr. Boti.

La fecha «1909» parece equivocada. Darío volvió a Europa con Carrasquilla en Abril de 1908.

A LA SEÑORITA PIEDAD GONZALEZ

EN UNA POSTAL

*Cuando nace el dulce
lucero de amor,
amanece el alba,
amanece Dios.*

RUBÉN DARÍO.

El Estudiante, periódico de Matanzas, del 12 - IX - 1909. Es un envío del Dr. Boti.

PARA LOLA

*Lola, la buena jardinera y hortelana,
para el Amado encuentra en su huerto la miel;
y le ofrece la rosa, el lirio y la manzana,
y le riega con agua de su amor el laurel.*

*Y, así, él anda loco del amor de la lira
y del amor de amar a la más adorada.
Por ella, canta, sueña, y se encanta, y delira
con un bajel de luz, a la vela en la rada.*

*Como ella está en su corazón, va su presencia
animando el brotar de lises interiores,
y de rosas, que están suprimiendo la ausencia,
por milagro sutil de las mágicas flores.*

*Y eco y perfume son una sola armonía
para el alma de Príncipe, que jamás está sola:
que el ruiseñor de noche y la alondra en el día
le juntan cielo y tierra con este nombre: ¡Lola!*

RUBÉN DARÍO.

El Combate, periódico de Santiago de Cuba, del 22 - X - 1926.

¿Quiénes serán esta Lola y este Príncipe? Darío hizo versos a Lola Carazo, Lola Salazar y Lola de Turcios.

Es un envío del Dr. Boti, quien no me indica la fecha de composición.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

*Pueril y ampuloso, como un César romano,
la esmeralda manchando el marfil de su mano
tal un exvoto sobre un campo de armiño,
de Nerón tiene el vicio y tiene el gesto de niño.*

Nuevo Mundo, revista de Madrid, del 21 - XII - 1924, en el anuncio de *La sangre del hijo*, novela de A. de Hoyos, editada en *La Novela Semanal* de esa fecha.

Envío del Dr. Boti.

El primero y el tercer versos deben de estar estropeados, pues sus primeros hemistiquios tienen una sílaba y dos sílabas de menos.

VERSOS IMPROVISADOS

*Por ti te brindo mi calor
y por ti te brindo mi amor
cual el de Francisco de Asís:
mi flor de lis.*

*Aquí se fabricó el primor
que era casi un grano de anís,
cuando te confesaba el prior...
Estima esa flor de lis.*

*¡Maravilla de rubia esfera
en exhalación semejante!
Apreciaste lo del gigante.
Y, aurora de tu cabellera,
apenas la antorcha que espera...*

RUBÉN DARÍO

La Noche, diario de La Habana, del 24 - VIII - 1913. Sin título en un artículo de don Salustio González Rincones sobre *Fernán Félix de Amador*, ante quien los improvisó el poeta. También en el periódico *Pay-Pay* de La Habana, del 28 - VIII - 1913. Sin título, en una crónica de J. López Goldarás.

Envío del Dr. Bóti, quien lo utilizará para ampliar su estudio sobre «El soneto de 13 versos».

Si los «ultraístas» hubieran conocido a tiempo esta «maravilla de rubia esfera» habrían proclamado a Darío su precursor.

FIORETTI

*Una dama sale de misa.
¿Es una devota?... Quizá...
Aunque se muestra en su sonrisa
con un poco de Monna Lisa,
un mucho de Monná Delzá.*

*Es una dama algo morena.
(¡Cuán lejos Manzana de Anís!)
Una parisiense agarena
una mágica huri del Sena,
Scheherezada de París.*

*La voy siguiendo paso a paso,
desde la iglesia en que la ví,
repitiendo mi Garcilaso,
y con Musset soñando acaso
à l'Andalouse au sein bruni.*

*O con Théo el sibarita
à Mademoiselle Maupin...
La fina mano el beso invita.
En la pila de agua bendita
quedó un relente de Lubin.*

*Esa picante feligresa
¿qué le diría al confesor?
¡Cuál penitencia a la diablesa
en cuya alma de silfo pesa
pecadora carga de amor!*

*El arrepentimiento vuela
con el deseo, y al volar
no van a encender una vela
a Santiago de Compostela,
sino a Pau, Biarritz, o Dinard.*

*Y la coqueta no se aflige
por homilía ni sermón,
y no piensa si se corrige;
mas sí de Fouquières dirige
el esperado cotillón.*

*Rezó su oración en voz queda
cuando la absolvió el confesor.
Pero después, poco se veda
Pecaditos de rosa y seda
¿qué mal te van a hacer, Señor?*

*A bailar, feligresa buena,
en el próximo cotillón;
y si el temor de errar te apena,
puedes rezar una novena
al gentil San Pascual Bailón.*

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, revista de París, de VI - 1912, p. 64.

No deja de asombrar que este poema haya pasado inadvertido mientras otros de menor valor han logrado figurar en varios libros. Parece ser ésta la última manifestación de la vena que dió tan simpáticos frutos en la época preparatoria de *Prosas profanas*, cuando Darío seguía los caminos de Musset, Banville y Gutiérrez Nájera.

«Monna Delza», actriz parisiense, había sido celebrada en las páginas de *Elegancias*.

«Manzana de Anís» es el título, traducido, de una breve novela de Francis Jammes, cuya heroína, *une jeune fille infirme*, tiene mejillas coloradas y pecosas que le han valido el sobrenombre de «Pomme» más su apellido «d'Anís».

En la estrofa tercera el original dice *Une Andalouse au sein bruni*, tal como en el poema *L'Andalouse* de Musset, salvo la mayúscula *A*. Pero en Musset ese verso es complemento directo de *vu*: *Avez-vous vu à Barcelone?*; y en Darío es complemento de *soñando*, que rige preposición *à* en francés: *songeant à*, equivalente a *en* en castellano. Darío se dió cuenta de ello en la continuación del pensamiento en la estrofa cuarta,

al decir à *Mademoiselle (de) Maupin*, quitándole el *de* para obtener las ocho sílabas del verso. Nada le impedía advertir el otro caso, más inmediato al verbo, en la estrofa tercera. Se trata, pues, de una errata o de un descuido. La circunstancia de ser él el director literario de *Elegancias* no me hace fuerza, puesto que Darío no corregía bien, o no corregía en absoluto, las pruebas ni de sus propios libros.

Es claro que los versos ganarian más castellanizando la preposición: en *l'Andalouse au sein brunt*, en *Mademoiselle Maupin*. Pero la voluntad del poeta fué la de hacer todo el verso en francés.

TODO LO QUE ENIGMATICO DESTINO...

*Todo lo que enigmático destino
ponga de duro, o ponga de contrario
al paso del poeta peregrino:
flecha de tenebroso sagitario,
insulto de sayón, o golpe rudo,
caída en el camino del Calvario,
lo resiste quien lleva por escudo,
tranquilo y fuerte en la gloria del día
y con el sueño azul en la cabeza,
la devoción de la Alta Poesía
y de Nuestra Señora la Belleza.*

RUBÉN DARÍO.

Mundial, revista de París, de VII - 1912, p. 254.

En el original la palabra «Poesía» del penúltimo verso, empieza con minúscula. Se halla también en *Hipsipilas* del Dr. Boti.

Fueron leídos estos versos por su autor en el Ateneo de Madrid, a su paso para América del Sur, en la velada en su honor, descrita en *Mundial*.

BALADA EN ELOGIO DEL POETA EUGENIO DIAZ ROMERO

*Blasón de azul, rosas de plata,
rimas ricas, locuras bellas,
flauta que hace aires y querellas
como fuente que se desata.
Cosas de París y del Plata,
de trovador y caballero,
pensar sutil, decir sincero,*

*noble talante y alma pura:
expresaría esta figura
el poeta Díaz Romero.*

*Cuando, la mejilla en la mano
como un Alfredo de Musset,
se asemeja a aquel hombre que
«se parece como un hermano»,
se creería ligero y vano
Tenorio de talante fiero,
él, el suave Tenorio; pero,
divagando en sus universos,
se pierde en musicales versos
el poeta Díaz Romero.*

*Amigo de mil gratas horas,
sin falsías y sin reproches,
hemos soñado en muchas noches
y vivido en muchas auroras.
Díaz Romero, que atesoras
alma clara, espíritu entero,
tan delicado como austero
y en el fondo un alma de niño,
siempre serás en mi cariño
el poeta Díaz Romero.*

ENVIO

*Amigo, ni esquivo ni fiero,
recibas esto que a tu fuero
dedico, pura y simplemente,
a mi antiguo amigo incipiente
el poeta Díaz Romero.*

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, 1912.

Págs. 5 y 6 de *El Templo Umbrío*, nuevos poemas de Eugenio Díaz Romero, Buenos Aires, 1920.

Eugenio Díaz Romero era uno de los compañeros de Darío en el

llamado «Viejo Ateneo» de Buenos Aires, junto con Obligado, Estrada, Lugones, Jaimes Freyre, los Berisso, Leopoldo Díaz, y demás campeones del modernismo. Darío lo recuerda en el cap. XLI de su *Autobiografía*.

En la segundo estrofa, el verso 7, del original que copio dice exactamente *El es suave Tenorio, pero*. He pensado que hay error del tipógrafo motivado por la s siguiente, de *suave*. Podría ser también error de interpretación del manuscrito. No hay que olvidar que Darío no escribía a máquina y que su escritura era confusa en sus años postreros.

BALADA LAUDATORIA QUE ENVIA AL AUTOR EL ALTO POETA RUBEN

*Del país del sueño, tinieblas, brillos,
donde crecen plantas, flores extrañas,
entre los escombros de los castillos,
junto a las laderas de las montañas;
donde los pastores en sus cabañas
rezan, cuando al fuego dormita el can,
y donde las sombras antiguas van
por cuevas de lobos y de raposas,
ha traído cosas muy misteriosas
Don Ramón María del Valle-Inclán.*

*Cosas misteriosas, trágicas, raras,
de cuentos oscuros de los antaños,
de amores terribles, crímenes, daños,
como entre vapores de solfataras.
Caras sanguinarias, pálidas caras,
gritos ululantes, pena y afán,
infaustos hechizos, aves que van
bajo la amenaza del gerifalte,
dice en versos ricos de oro y esmalte
Don Ramón María del Valle-Inclán.*

*Sus aprobaciones diera el gran Will
y sus alabanzas el gran Miguel
a quien, ya nos cuenta cuentos de Abril,
o poemas llenos de sangre y hiel.
Para él la palma con el laurel
que en manos de España listos están,
pues mil nobles lenguas diciendo van*

*que han sido ganadas en buena lid
por el otro manco que hay en Madrid:
Don Ramón María del Valle-Inclán.*

ENVIO

*Señor, que en Galicia tuviste cuna,
mis dos manos estas flores te dan
amadas de Apolo y de la Luna,
cuya sacra influencia siempre nos una,
Don Ramón María del Valle-Inclán.*

Páginas 9 a 11 de *Voces de Gesta, tragedia pastoril, por Ramón del Valle-Inclán*. Madrid, MDCDXII.

No hay firma, porque el título la hace innecesaria.

El metro de esta balada merece observación. Puede tenerse por endecasílabo, pero de un nuevo tipo: con acentos fijos en las sílabas 5 y 10, y dos variables en otras sílabas. También podría tenerse por metro de seguidilla, compuesto de un hexasílabo grave y un pentasílabo agudo o grave.

No es un poema raro en Chile, donde ha sido recogido en dos antologías. En 1936 se publicó, además, en la *Revista Hispánica Moderna* de Nueva York.

A BOLIVIA

*En los días de azul de mi dorada infancia
yo solía pensar en Francia y en Bolivia;
en Francia hallaba néctar que la nostalgia alivia,
y en Bolivia encontraba una arcaica fragancia.*

*La fragancia sutil que da la copa rancia,
o el alma de la quena que solloza en la tibia,
la suave voz indígena que la fiereza entibia,
o el dios Manchaipuito, en su sombría estancia.*

*El tirso griego rige la primitiva danza,
y sobre la sublime pradera de esperanza
nuestro Pegaso joven mordiendo el freno brinca.*

*Y bajo de la timba del misterioso cielo,
si Sol y Luna han sido los divos del abuelo,
con sol y luna triunfan los vástagos del Inca.*

Boletín de la Unión Panamericana, VIII - 1925, página 763. Se halla también en *Para «Hipsipilas»* del Dr. Boti, quien lo copió de *La Esfera* de Madrid, del 8 - VII - 1922.

Pero las dos versiones no son iguales. En el quinto verso he adoptado *da*, del señor Boti, en vez de *de*, del *Boletín*. Al revés, en el verso duodécimo me he quedado con *timba*, del *Boletín*, que significa *comba*, como la de la *barriga*, en lugar de *tumba*, que trae el Dr. Boti.

El tono nostálgico de los primeros versos y la maestría de la ejecución denuncian la fecha de este soneto; pero no sé más.

Manchaiquito tiene cinco sílabas.

CANTARES

I

*Te quiero como eres, taciturno,
con tu huraña altivez de incomprendido,
y oigo tu voz como un cantar nocturno
en el silencio del jardín florido.*

II

*Siempre el mismo cielo
azul o nublado,
los mismos caminos
ásperos o llanos,
las mismas ciudades,
con los mismos vicios,
con sus mismos necios
y sus mismos sabios.*

III

*Volverán otros ruiseñores
mi primavera a alegrar,
pero aquel muerto entre flores
jamás volverá a cantar.*

Página 29 de *Hermas Viales* del Dr. Boti. Copiados de *Social* de La Habana, de I - 1924.

En el original los dos últimos versos del *Cantar II* forman uno solo.

ODA A LA FRANCIA

TRADUCCION LITERAL

*Un viento lleno de sollozos sobre el mar impasible
llega hasta aquí. La Francia escucha grave. Pues
son las voces desoladas, el dolor terrible,
de las Hécubas que lloran, de las Américas de oro.*

*Allá, en el horror y la injuria y el odio
los cazadores de la muerte han tocado el «halalá»
y soplando otra vez su venenoso aliento
se creería ver la boca de Huitzilopochtli.*

*Pareciera que todos los demonios del pasado
acabasen de despertar, envenenando la tierra!
Si contra nosotros estandarte sangriento se ha levantado,
es el horrible estandarte de ese tirano: ¡la guerra!*

*¡Gritemos paz! bajo los fuegos de los combatientes en marcha.
¡La paz, que anunció el alba y canta el Angelus!
¡La paz que promulgó la paloma del arca
y fué la voz del Angel y la Cruz de Jesús!*

*¡Gritemos fraternidad! Que el pájaro simbólico
sea nuncio de fraternidad en el cielo puro.
Que el águila se cierna sobre nuestra inmensa América,
y que el cóndor sea su hermano en el Azul...!*

*Marsellesas de bronce y oro que van por el aire,
son para nuestros corazones ardientes el canto de la esperanza!
Oyendo del gallo galo el claro clarín,
se clama: ¡libertad! Y nosotros traducimos: ¡Francia!*

*Pues Francia será siempre nuestra esperanza,
la Francia a la América dará su mano,
Francia es la Patria de nuestros ensueños. Francia
es el hogar bendito de todo el género humano.*

*¡Y tú, París, maga de la Raza,
reina latina, alumbra nuestro día obscuro!
Danos el secreto que tu paso nos marca
y la fuerza del Fluctuat nec mergitur!*

*Y cuando nos envuelve esta negra llama
que hace de nuestros espíritus los iguales de Caín,
levantamos nuestras miradas y calentamos nuestras almas,
al sol de Voltaire y de Víctor Hugo.*

Páginas 159 a 161 de *Hipsipilas* del Dr. Boti. Copiado de la revista *El Fígaro* de La Habana, del 4 y 11 - X - 1914.

Antes de abandonar París definitivamente, en Mayo de 1914, Darío leyó en reunión de la Sociedad «France-Amérique» un poema en francés que lleva por título el nombre de esta Sociedad y fué recogido en el libro *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914). Traducción de él, hecha por el propio Darío, es esta *Oda*, exhumada en los días de la Gran Guerra, que acababa de estallar.

DEDICATORIA A AMY V. MILES

EN UN EJEMPLAR DE «MUY SIGLO XVIII»

*A Amy V. Miles
dedico este tomo
de versos galantes
Muy siglo XVIII.*

*Como abate arcaico,
en sus manos pongo
mi libro de versos
Muy siglo XVIII.*

*Violines del Rey
dan su fino tono
en estos mis versos
Muy siglo XVIII.*

*Lean estos versos
esos lindos ojos
y haya una sonrisa
muy siglo XVIII.*

Págs. 212 y 13 de *Revelaciones íntimas de Rubén Darío por M. Soto-Hall*. Pedro García, Rep. Argentina, 1925.

La señorita Miles era entonces, en los primeros meses de 1915, la prometida del Sr. Soto-Hall, y Darío se encontraba en Guatemala.

DIVAGACIONES

*Mis ojos espantos han visto;
tal ha sido mi triste suerte;
cual la de mi Señor Jesucristo,
mi alma está triste hasta la muerte.*

*Hombre malvado y hombre listo
en mi enemigo se convierte;
cual la de mi Señor Jesucristo,
mi alma está triste hasta la muerte.*

*Desde que soy, desde que existo,
mi pobre alma armonías vierte.
Cual la de mi Señor Jesucristo
mi alma está triste hasta la muerte.*

Las Últimas Noticias, diario de Santiago de Chile, del 8 - II - 1916, página 4. Copiado de *El Diario de El Salvador*; no se indica la fecha, pero se advierte que es la «última producción de Rubén Darío, escrita para dicho diario».

Aunque sin el título, este poema ha sido reproducido en dos antologías publicadas en Chile: la de los señores Barrios - Meza y la del señor Silva Castro; pero tan ignorado es en otros países que el Dr. Boti me pidió copia de él.

II

POEMAS TRABUCADOS

BALADA DE LA BELLA NIÑA DEL BRASIL

*Existe un país encantado
donde las horas son tan bellas
que el tiempo va a paso callado
sobre diamantes, bajo estrellas,
Odas, cantares, o querellas
se lanzan al aire sutil
en gloria de perpetuo abril.
Pues allí, la flor preferida
del canto es Anna Margarida,
la bella niña del Brasil.*

*Existe un mágico Eldorado
en donde Amor de rey está,
donde hay Tijuca y Corcovado
y donde canta el sabiá.
El tesoro divino da
allí mil hechizos y mil
sueños; mas nada tan gentil
como el brote de alba encendida
que se llama Anna Margarida,
la niña bella del Brasil.*

*Dulce, dorada y primorosa,
infanta de lírico rey,
es una princesita-rosa
que amara Kate-Greenaway.*

*¿Buscará por la eterna ley
el pájaro azul de Tilyl?
Sistro, oboe, arpa y añafil
hoy que Aurora a vivir convida
a la rosa Anna Margarida,
la niña bella del Brasil.*

ENVIO

*Princesa en flor, nada en la vida
hecho de oro, rosa y marfil,
igual a esta joya querida:
la pequeña Anna Margarida,
la niña bella del Brasil.*

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, revista de París, de XII - 1911, página 74. En lo alto de la página hay un fotgrabado en que aparece, rolliza en sus quizá diez años, con sus grandes ojos francos que parecen claros, la rubia bella del Brasil, retrato bajo el cual se lee: «La niña Anna Margarida da Fontoura Xavier, hija del ministro del Brasil en Méjico. La fotografía que publicamos ha sido hecha recientemente en Biarritz, por lord Aberconway».

Esta balada fué recogida en 1914 en *Canto a la Argentina y otros poemas*, pero ya trabucada, y se siguió reproduciendo en la misma forma. Fué restaurada por el Dr. Boti en *Hipsipilas*, página 143 y 4, pero según una reproducción de *El Fígaro* de La Habana, del 14 - I - 1912, mejor que las otras, pero tampoco fiel.

BALADA SOBRE LA SENCILLEZ DE LAS ROSAS
PERFECTAS

A LA SEÑORITA CARMEN DE S. CONCHA

*Esta visión de sonrosado encanto,
floral ternura de mil gracias llena,
¿la he visto yo cubierta con el manto
que Dios conoce en la mujer chilena?
¿En miniatura de historia agarena?
¿En medioeval poema iluminado?
¿Bajo el azul, en una flor del prado?*

*¿O en una infanta de cortes fastuosas?
Yo no lo sé; pero en ella he encontrado
la sencillez de las perfectas rosas.*

*Celebrad prestigiosas Scherezadas,
llenas de hechizos miliunanochescos.
Dad vuestros versos a hurtes y hadas
o a reinas de otros reinos pintorescos.
Noble visión hay en tiempos y frescos
para loor de mil divinas cosas
que se han vivido o se han imaginado;
mas nada que a esto sea comparado:
la sencillez de las perfectas rosas.*

*Puede la orquídea hecha sueño o delirio,
ser flor fatal que casi piensa y anda;
puede encantar con su blancor el lirio
y con su broche el tulipán de Holanda.
Ritmo latino flor de Italia escanda,
copla española el clavel encarnado,
y que en David la Amada y el Amado
sean un sueño a vírgenes y esposas:
todo ello encierra haber aquí cantado
la sencillez de las perfectas rosas.*

ENVIO

*Carmen, el tiempo vuela apresurado;
mas se oiría algún pájaro encantado,
como en hagiografías deleitosas
donde hay un monje lírico extasiado,
cuando en tu rostro se haya contemplado
la sencillez de las perfectas rosas.*

RUBÉN DARÍO.

Elegancias de I - 1912. Pág. extraordinaria en colores, sin numeración, después de la 100, y una de las más bellas de esta lujosa revista. En lo alto, entre rosas silvestres y mariposas, retrato de la celebrada. El texto de la balada, en letras góticas, simula dos páginas de «medioeval doema iluminado».

Se halla en las páginas 15 a 17 de *Baladas y Canciones* y en las 25 y 26 de *Para «Hipsipilas»*, pero con errores, sobre todo en la segunda estrofa. El pensamiento del poeta es, sin embargo, perceptible. Celebrad a las Scherezadas, las hurfes, las hadas o las reinas; dignas son de alabanza las historias (tiempos) y las pinturas, vividas o imaginadas; pero nada como la sencillez...

LUCIA

*Brilla en tu alma una estrella nórdicamente pura,
y en la blanca beldad de tu egregia escultura,
una maravillosa virtud de amor se fragua
que ha encendido una chispa del sol de Nicaragua.*

*Que bendecida sea la parisiense hermosa
que hechizará allá lejos como una rubia hada
al picaflor de fuego y a la garza de rosa
con el místico azul de su tierna mirada.*

*Entre vivas fragancias tendrá a Pan sumiso;
por tí será más bello el lago de cristal,
la aurora de mi tierra, ave del paraíso,
y el poniente del trópico, un gran pavo-real.*

*Entre vivas fragancias estará tu fragancia.
y por el hombre noble que por tí cruzó el mar
llevarás allá lejos, dulce niña de Francia,
tu corazón de rosa y tu alma de azahar.*

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, de VIII-1912, página 177. En lo alto de la página retrato de «Lucía».

Se halla en la página 107 de *Sol del Domingo* bajo el nombre de *Epitalamio*, y sin la cuarta estrofa. En la misma forma fué reproducido en la página 127 de *Lira póstuma* y, además, en la 173 del mismo libro, bajo el título de *A una nicaragüense*. Se halla todavía en la página 137 de *Hipsipilas* del Dr. Boti, pero correctamente reproducido, aun cuando él lo copió de *Orto*, publicación de Manzanillo, Cuba, del 6-IV-1913.

Otro poema de *Sol del Domingo* y de *Lira póstuma*, titulado *A Lucía*, parece un simple borrador o primera forma de este poema, como lo hace notar el señor Boti, página 169, y cualquiera le dará razón. Contiene, empero, elementos que no entraron en el poema definitivo.

FLOR ARGENTINA

*¿De dónde viene aquella maravillosa, aquélla
que cuando pasa, a pasos de reina, diosa va?
¿De Viena? Acaso... ¿Acaso de Sevilla o Marsella?
Acaso... pues su imperio doquiera imperará.*

*Es la flor de Argentina, divinamente bella,
azucena del Plata, rosa del Paraná,
y que siempre aparece con su fulgor de estrella,
ya la pinte Boldini o De la Gandará.....*

*Ella es la que a las reinas del gran París emula,
pues como ellas encanta y sonrío y ondula;
y cual dea transforma, al golpe de su pie,*

*¡en primavera pura un triste otoño enfermo,
en el Bois de Boulogne el Bosque de Palermo,
y la calle Florida en la rue de la Paix!*

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, de XI - 1912, página 292. Página decorada y con firma autógrafa.

Se halla en *Hipsipilas* del Dr. Boti, página 136, y en *Baladas y Canciones*, página 39 y 40. El señor Boti lo copió de *El Cubano Libre* de Santiago de Cuba, del 19 - III - 1911, es decir, de más de año y medio antes de su aparición en París. Naturalmente, la versión de *Elegancias*, dirigida por el propio Darío hace más fe.

Las diferencias, por lo demás, no son grandes: *paso* en vez de *pasos* en el segundo verso, *ellas* en lugar de *dea* en el undécimo, y otras de simple ortografía. Son mayores las diferencias en la versión del otro libro.

Otro poema de los publicados en *Elegancias* y recogidos en *Baladas y Canciones* contiene también diferencias: *Para una Margarita*, IV - 1912, página 262, que pasó al libro, página 125, con el título de *En el álbum de Margarita de Lacayo*. La estrofa tercera, en la revista, dice:

*En el encanto de su oriente,
Sobre su nido opalescente,
También por la magia de amar,
Sueñan con una flor viviente
Las margaritas del mar,...*

III

PROSAS QUE NO HE ENCONTRADO EN LAS «OBRAS COMPLETAS.»

CARTA PROLOGO DE *RENGLONES CORTOS*

Mi querido Alfredo:

He leído todos tus versos, y te aseguro que van con buen viento. Sí, va tu musa por el vasto mar del mundo, en barca ligera, tendida al aire la bandera alegre, cantando comouna muchacha de quince abriles, que tiene el alma sana, la mejilla encendida, el ojo pícaro y argentina la carcajada.

Si tú fueras francés, pertenecerías al grupo de rabelesianos que hoy encabeza Armand Silvestre, y que tiene por primer pontífice al creador de Gargantúa, y por uno de los padres de su iglesia al buen Brantôme.

Sostienen con su doctrina la sal gala, verdadero Santo Graal de esos caballeros de la risa; y es indudable que la escuela es vigorosa, y los frutos lozanos y nada dañinos.

Entre nosotros, tu obra es un excelente signo.

No nos ha llegado a Chile, por dicha, la invasión pseudo-realista que alienta en España apesar del azote de Clarín, y que ha surgido, aunque flojamente, del otro lado de la cordillera. Pero estamos plagados de un falso neurotismo, de una literatura hinchada y pretenciosamente filosófica, y, lo que es peor aún, de una grafomanía poética que es harto peligrosa.

Tú estás fuera de todo eso, porque encontraste tu cuerda, la risa. Mientras muchos escriben rimas chatas, creyéndose cada cual un Gustavo Adolfo, y doloras imposibles, profanando al maestro Campoamor, tú nos das el gustoso manjar de lo

burlesco, y brotan y brotan tus versos, fáciles y sencillos; con máscaras renovadas del antiguo arsenal cómico de nuestra gracia española, repicando sus consonantes como cascabeles y haciéndonos gozar con el recuerdo de la gloriosa lira bretoniana.

Y por eso cuando has querido caer en tentación, cuando has caído, escribiendo imitaciones de cosas inimitables, la risa te ha salvado.

Tú tienes originalidad, y he ahí tu gran mérito.

Pero a veces la tienes demasiada y he ahí tu principal defecto.

Muchas ocasiones (1) he lamentado que escribas en chileno y no en castellano; que abuses del provincialismo, y que en el ara de la facilidad martirices a la rima. ¡Ah, la rima española, nuestra bella campana de oro, debe de ser uno de tus más grandes cuidados!

Tienes una fecundidad peligrosa.

El chiste debe de ser dado como el dulce, de guisa que no empalague.

En vez de prodigarte todos los días en arranques, en cortas producciones, las más veces improvisadas, como me consta ¿por qué no comenzar una obra de largo aliento?

Ya me imagino uno de esos preciosos poëmitas alegres, tan escasos cuanto meritorios, en que lucieron su donaire don Andrés Bello, don José J. de Mora, y aquel de quien Menéndez Pelayo se hace lenguas, el autor de *El Reloj*, el centroamericano Batres Montúfar que hizo escribir a la gentil musa de Casti octavas españolas.

Yo tengo fe ciega en un renacimiento de las letras en Chile; fe en la juventud, en una pequeña parte de la juventud que tiene aliento, constancia, nobleza, el fuego sagrado; apoyada, eso sí, indispensablemente, por las pocas columnas que nos quedan de los buenos tiempos que pasaron.

Trabajemos todos.

Unámonos, y apoyémonos en las canas.

Que nos digan los veteranos cómo debemos llevar los pabellones en nuestras marchas.

Ese renacimiento puede efectuarse con sólo un empuje bien dado. Seamos perseverantes ya que no audaces.

(1) Darío construía sin *en* este complemento adverbial. Véase otro ejemplo en las frases de *A. de Gilbert* ya citadas.

Pensemos en aquel tiempo en que la Academia de Bellas Letras era un foco de luz; en que el maestro Lástarria se agitaba, en que de los Arteaga, esos Cástor y Póllux de la prensa, «el que escribía con guantes» derramaba sus chispas y sus flores, y Domingo traducía a Virgilio; en que Pedro León Gallo vaciaba el bronce de Víctor Hugo en moldes castellanos; en que otros tantos escritores producían obras buenas, y llegaban extranjeros como Hostos, como Piñeiro, como Zambrana. Meditemos en que hoy no hay nada, o hay muy poco de todo eso.

¡Y bien! ¡Vamos adelante! Luchemos con el hielo, con la intriga, con el desprecio de los ignorantes y hasta con el odio. ¡Luchemos! Tengamos siempre en los labios la que Hugo llama la gran palabra: Esperanza. Pero ante todo, seamos diligentes, no descansemos. Tú, con tus versos, el otro con sus artículos, el de más allá con sus libros. Combatamos todas las contrariedades, ¿quién afirma que no podremos vencer?

En cuanto a tí, estás llamado a ser uno de los más firmes combatientes. Porque tienes decisión y un hermoso talento.

Este primer libro es una prueba de ello.

Pero...

Hay un pero... Tienes muchas incorrecciones, como la mayor parte de los que, como tú, escriben corriendo, corriendo, de prisa, ¡hop! a la diabla.

Yo me comprometo con tus lectores, a que, en tu próximo volumen, te habrás ya enmendado, y saldrás siempre de fiesta, irreprochable en tu alegría, llevando de la mano a tu musa juguetona y traviesa, que mientras charla en su idioma armónico, tira piedrecitas a la cabeza de los calvos, hace estornudar a los obesos, agarra de los faldones a los municipales, hace cosquillas en la papada a los canónigos, y muestra la pierna con malicia en su carrera de linda colegiala.

RUBÉN DARÍO

Páginas V a IX de *Colaboraciones de «La Epoca»*. Renglones cortos. *Poesías de Alfredo Irarrázaval Z.* Santiago. Imprenta de La Epoca, Estado 36 J. 1887. X+142 p. de 17×12 c., contando las en blanco.

La voz *bretoniana* significa, parece, «de Bretón de los Herreros».

La ortodoxia retórica es lo más curioso de esta Carta-Prólogo, escrita en octubre de 1887, sólo medio año antes de su manifiesto *Parnasianos y decadentes*, y cuando estaba a punto de escribir la parte más típicamente revolucionaria de su libro *Azul: El velo de la reina Mab, El rey burgués, etc.*

Ideas semejantes había manifestado ya Darío en el artículo crítico «*Siluetas de la Historia*», *Poesías por P. N. Préndez* (*La Epoca*, 12 - IX 1886), en el cual combate la poesía «científica», como él dice, desapruébala *Las blasfemias* y *El mar* de J. Richepin, proclama su teoría de «el arte por el arte: he ahí la gran fórmula», y aconseja a Préndez en los siguientes términos: «Yo me atrevo a pedir a mi laureado amigo, un tanto de cariño a los preceptos clásicos, que adunándolos a los vuelos de su rica fantasía, darán por resultado un eclecticismo literario puro y soberano. Núñez de Arce ha subido a su trono de esa manera»... «Creo con Estanislao Meunier, que no llevan buen sendero los que muestran en sus obras cierto claro egotismo, que hace al poeta y al novelista ver el mundo exterior a través de sus preocupaciones personales»... «No obstante, cuando se canta como Heine, como Bécquer, como Baudelaire, está bien que se usé de ese amargo deleite de lo subjetivo, que tan bien empleó el catalán Joaquín María Bartrina;...»

Si don Juan Valera hubiese conocido estas opiniones de Darío habría tenido que maravillarse más ante el «galicismo mental» de que habló en sus cartas de octubre de 1888.

CARTA DEL PAIS AZUL

PAISAJES DE UN CEREBRO

Amigo mío! Recibí tus recuerdos, y estreché tu mano de lejos, y vi tu rostro alegre, tu mirada sedienta, tus narices voluptuosas que se hartan hoy de perfume de campo y de jardín, de hoja verde y salvaje que se estruja al paso, o de pomposa genciana en su macetero florido. ¡Salud!

Ayer vagué por el país azul. Canté a una niña; visité a un artista; oré, oré como un creyente en un templo, yo el escéptico; y yo, yo mismo, he visto a un ángel rosado que desde su altar lleno de oro, me saludaba con las alas. Por último, ¡una aventura! Vamos por partes.

Canté a una niña!

La niña era rubia, esto es, dulce. Tú sabes que la cabellera de mis hadas es áurea, que amo el amarillo brillante de las auroras, y que ojos azules y labios sonrosados tienen en mi lira dos cuerdas. Luego, su inocencia. Tenía una sonrisa

castísima y bella, un encanto inmenso. Imagínate una vestal impúber, toda radiante de candidez, con sangre virginal que le convierte en rosas las mejillas.

Hablaba cómo quien arrulla, y su acento de niña, a veces melancólico y tristemente suave, tenía blandos y divinos ritorneles. Si se tornase flor, la buscaría entre los lirios; y entre éstos, elegiría el que tuviera dorados los pétalos o el cáliz azul. Cuando la vi, hablaba con un ave; y como que el ave le comprendía; porque tendía el ala y abría el pico, cual si quisiera beber la voz armónica. Canté a esa niña.

Visité a un artista, a un gran artista que, como Myrón su Discóbolo, ha creado su Jugador de Chueca. Al penetrar en el taller de este escultor, parecíame vivir la vida antigua; y recibía como murmurada por labios de mármol, una salutación en la áurea lengua jónica que hablan las diosas de brazos desnudos y de pechos erectos.

En las paredes reían con su risa muda las máscaras, y se destacaban los relieves, los medallones con cabezas de serenos ojos sin pupilas, los frisos cincelados, imitaciones de Fidias, hasta con los descascaramientos que son como el roce de los siglos, las metopas donde blanden los centauros musculosos sus lanzas; y los esponjados y curvos acantos, en pulidos chapiteles de columnas corintias. Luego, por todas partes estatuas; el desnudo olímpico de la Venus de Milo y el desnudo sensual de la de Médicis, carnoso y decadente; figuras escultóricas brotadas al soplo de las grandes inspiraciones; unas soberbias, acabadas, líricamente erguidas como en una apoteosis, otras modeladas en la greda húmeda, o cubiertas de paños mojados, o ya en el bloque desbastado, en su forma primera, tosca y enigmática; o en el eterno bronce de carne morena, como hechas para la inmortalidad y animadas por una llama de gloria. El escultor estaba allí, entre todo aquello, austero, creador, con el orgullo de su traje lleno de yeso y de sus dedos que amasaban el barro. Al estrechar su mano, estaba yo tan orgulloso como si me tocara un semidiós.

El escultor es un poeta que hace un poema de una roca. Su verso chorrea en el horno, lava encendida, o surge inmaculado en el bloque de venas azulejas, que se arranca de la mina.

De una cantera evoca y crea cien dioses. Y con su cincel destroza las angulosidades de la piedra bronca y forma el seno de Afrodita o el torso del padre Apolo. Al salir del taller, parecióme que abandonaba un templo.

Noche. Vagando al azar, dí conmigo en una iglesia. Entré con desparpajo; mas, desde el quicio ya tenía el sombrero en la mano; y la memoria de los sentidos me llenaba, y todo yo estaba conmovido. Aun resonaban los formidables y sublimes trémolos del órgano. La nave hervía. Había una gran muchedumbre de mantos negros; y en el grupo extendido de los hombres, rizos rubios de niños, cabezas blancas y calvas; y sobre aquella quietud del templo flotaba el humo aroniado, que de entre las ascuas de los incensarios de oro emergía, como una batista sutil y desplegada que arrugaba el aire; y un soplo de oración pasaba por los labios y conmovía las almas.

Apareció en el púlpito un fraile joven, que lucía lo azul de su cabeza rapada, en la rueda negra y crespada de su cerquillo. Pálido, con su semblante ascético, la capucha caída, las manos blancas juntas en el gran crucifijo de marfil que le colgaba por el pecho, la cabeza levantada, comenzó a decir su sermón como si cantara un himno. Era una máxima mística, un principio religioso sacado del santo Jerónimo: Si alguno viene a mí, y no olvida a sus padres, mujer e hijos y hermanos, y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, para una vida eterna se guarda. —Había en su palabra llanto y trueno; y sus manos al abrirse sobre la muchedumbre parecían desparramar relámpagos. Entonces, al ver al predicador, la ancha y relumbrosa nave, el altar florecido de luz, los cirios goteando sus estalactitas de cera; y al respirar el olor santo del templo, y al ver tanta gente arrodillada, doblé mis hinojos y pensé en mis primeros años: la abuela, con su cofia blanca y su rostro arrugado y su camándula de gordos misterios; la catedral de mi ciudad donde yo aprendía a creer; las naves resonantes, la custodia adamantina, y el ángel de la guarda, a quien yo sentía cerca de mí, con su calor divino, recitando las oraciones que me enseñaba mi madre. Y entonces oré. ¡Oré, como cuando niño juntaba las manos pequeñuelas!

Salí a respirar el aire dulce, a sentir su halago alegre, entre los álamos erguidos, bañados de plata por la luna llena que irradiaba en el firmamento, tal como una moneda argentina sobre una ancha pizarra azulada llena de clavos de oro. El asceta había desaparecido de mí: quedaba el pagano. Tú sabes que me place contemplar el firmamento para olvidarme de las podredumbres de aquí abajo. Con esto creo que no ofendo a nadie. Además, los astros me suelen inspirar himnos, y los hombres, yambos. Prefiero los primeros. Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Sí, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros dítirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas. Otros busquen las alcobas vedadas, los lechos prohibidos y adúlteros, los amores fáciles: yo me arrodillo ante la virgen que es un alba, o una paloma, como ante una azucena sagrada, paradisíaca. ¡Oh, el amor de las torcaces! En la aurora alegre se saludan con un arrullo que se asemeja al preludio de una lira. Están en dos ramas distintas, y Céfito lleva la música trémula de sus gargantas. Después, cuando el cenit llueve oro, se juntan las alas y los picos, y el nido es un tálamo bajo el cielo profundo y sublime, que envía a los alados amantes su tierna mirada azul.

Pues bien, en un banco de la Alameda me senté a respirar la brisa fresca, saturada de vida y de salud, cuando ví pasar una mujer pálida, como si fuera hecha de rayos de luna. Iba recatada con manto negro. La seguí. Me miró fija cuando estuve cerca, y ¡oh amigo mío! he visto realizado mi ideal, mi sueño, la mujer intangible, becqueriana, la que puede inspirar rimas con sólo sonreír, aquella que cuando dormimos se nos aparece vestida de blanco, y nos hace sentir una palpitación

honda que estremece corazón y cerebro a un propio tiempo. Pasó, pasó huyente, rápida, misteriosa. No me queda de ella sino un recuerdo; mas no te miento si te digo que estuve en aquel instante enamorado; y que cuando bajó sobre mí el soplo de la media noche, me sentí con deseos de escribirte esta carta, del divino país azul por donde vago, carta que parece estar impregnada de aroma de ilusión; loca e ingenua, alegre y triste, doliente y brumosa; y con sabor a ajeno, licor que, como tú sabes, tiene en su verde cristal el ópalo y el sueño.

RUBÉN DARÍO

La Epoca, diario de Santiago de Chile, 3 - II - 1888.

La «niña rubia» a quien «cantó» es indudablemente la Elisa celebrada en *La lira de siete cuerdas* en Enero de 1888, en vísperas de partir de Santiago a Valparaíso. El escultor a que alude es Nicanor Plaza, de quien habla en forma semejante en *A. de Gilbert*, y también, sin mentarlo, en uno de los cuentos de *Azul*... Los pasajes que vienen en seguida son una anticipación de lo que hará doce años después en Roma, durante sus *Peregrinaciones*: arrebatos de misticismo y de paganismo a que se refiere también Vargas Vila (*R. Darío*; Cap. IV). Tiene, por eso, este artículo valor autobiográfico y algo del estilo de *Azul*.

Hinojos, rodillas; *camándula*, rosario; *las torcazes*, *las palomas*, sustantivo formado del adjetivo *torcaz*; *yambos*, poemas satíricos, como en francés o italiano.

LA NOVELA DE UNO DE TANTOS

Ayer tarde, mientras sentado en el balcón leía yo un periódico, tocaron a mi puerta. Era un hombre pálido y enfermo, apoyado en un bastón, con el traje raído y de mala tela. Con una voz débil me dirigió el saludo. Yo soy como el santo de la capa, que le dió la mitad al pobre; y no me alabo. He tenido entre mis triunfales días de oro algunas horas negras, y por eso veo en toda amargura algo que pone en mi mano el ansia de aliviar; y en toda pobreza, algo que me anima a dar un pedazo de pan a la boca del necesitado; y en toda desesperanza, una fuerza íntima que me obliga a derrochar mi tesoro de consuelos.

(Y en un paréntesis te pregunto a tí, joven y renuente soñador, ¿no es cierto que más de una vez has sentido, en una mañana opaca en que tu espíritu estaba lóbrego, no has sentido, digo, como que se te abría el cielo de alegría inmensa, ofreciéndote una promesa de felicidad cuando has sacado la única

moneda de la bolsa de tu chaleco, para dejarla en la mano del mendigo ciego o de la viejita limosnera?)

Parecía el infeliz hombre un viejo, en sus treinta años viriles, molidos y aplastados por la maza de la enfermedad. Canijo, apenado, como el que va a solicitar un favor que casi humilla, estrujaba su sombrero usado contra sus flacos fémures que resaltaban debajo de la funda del pantalón. Empezaba con palabras bajas una conversación cortada y sin objeto. Que esto, que lo otro, que lo de más allá; que éramos del mismo lugar, que había nacido en mi tierra caliente; que tenía un libro de versos míos (¿adónde vamos a parar?); que yo debía de conocer y recordar a un mi compañero de colegio, muchachón que usaba en los recreos, porque era rico en aquellos tiempos pasados, un gorro de terciopelo rojo que era envidia de todos los chicos: en fin, el hijo de aquel francés que era vicecónsul, el hijo del gordo Monsieur Rigot.

¡Qué no lo había de recordar! ¡Ya lo creo que lo recordaba! Como que abríamos todos los colegiales internos tamaña boca cuando llegaba a traerle, en tiempo de vacaciones, en un grande y hermoso carruaje. Como que nos tiraba de las orejas y nos veía muy por sobre el hombro el crecido y soberbio Juan Martín, «el hijo de Monsieur Rigot».

Como que en la mesa era él quien se comía el mejor pan y gozaba de un poquillo de vino, y era tratado, en fin, a cuerpo de príncipe. ¡Qué no le había de recordar! Había hecho época en mi ciudad su bautizo, porque el vicecónsul no escatimó nada para esplendores, fiestas y bullas. Lo habían criado al chico con mimos y gustos en la casa lujosa del «gabacho»; había tenido el primer velocípedo, trajes europeos, vistosos y finos juguetes regios. Y ¡oh Juan Martín! cuando se dignaba jugar con nosotros, sacaba de su bolsillo para mirar la hora su pequeño reloj de oro brillante.

Esta es la historia de tantos muchachos, a quienes Dios trae al mundo en carroza de plata para llevárselos en andas toscas.

Aquel chiquillo vió pasar sus años en boato y grandeza. Ya púber, siempre amado de su padre, el buen francés, y de su madre, una santa mujer que le perdonaba todas sus picardigüelas, se acostumbró a la vida loca y agitada de caballero moderno; gastar a troche y moche, vestir bien, tener queridas

lindas (si son carne de tablas, mejor); jugar, y allá el viejo que dejara la herencia.

Mucho tiempo pasé sin ver a Juan Martín después de aquellos días de colegio. Cuando aun sonaba su nombre, por razón de sus buenos caballos y las innumerables botellas de cerveza que consumía, yo no era su amigo. ¡Qué lo iba a ser! El había estado en Europa, hablaba alemán. Se relacionaba únicamente con los dependientes rubios de las casas extranjeras y usaba monóculo. ¡Adelante, adelante! Como el buen vicecónsul era un bolonio, el mejor día se lo llevó el diablo. El señorito, por medio de su loca vanidad, de su fatal imprudencia, y con el «chivo» y con el «bacarat», hizo que el tío Rigot se declarase en quiebra. ¡Pobre y excelente vicecónsul Rigot! Pero no tanto, porque después que vendió sus dos haciendas y se repartieron el gran almacén los acreedores, pensó en francés lo siguiente: «Soy un bestia, al dejar que este haragán botarate me ponga nada menos que en la calle. Justo es que, puesto que él me ha arruinado, me ayude a recobrar algo de mi pérdida». Y le dijo a Juan Martinito en claro español: «O te rompo el alma a palos, o te vas al país vecino, donde hay Universidad, a hacerte una profesión». El mozo optó por lo último.

Ahora, siga la narración el hombre pálido y miserable que estaba ayer delante de mí. -- Llegué aquí, señor, y comencé mis estudios. Mis padres, a pesar de su mala fortuna, me señalaron una buena pensión. Vivía en una casa de huéspedes. Al principio hice todo lo que pude por estudiar; pero esta maldita cabeza se resistía. Luego, acostumbrado a mi vida de antes, tenía la nostalgia de mis días borrascosos y opulentos. ¡Eh! Un día dije: ¡pecho al agua! y volví a las andadas. Aquí no me veía ni padre. En las clases me hice de muchos amigos, y en los restaurantes aumentó la lista de ellos. Se sucedían las borracheras y los desvelos. En mis estudios no adelantaba nada. Pero no estaba satisfecho; y mis amigos me ayudaban a desparramar mi pensión a los cuatro vientos. Pasó un año, dos, tres, cuatro. De repente dió vuelta rápida la rueda de mi fortuna. En un mismo año murieron mi padre y mi madre. Quedé como quien dice en el arroyo, sin encontrar ni un árbol en que ahorcarme. ¿Qué sabía yo? Nada. Hasta el alemán se me había olvidado. Mis compañeros de orgía me fueron dejando poco a poco. Pero yo no dejaba de frecuentar ni las

cantinas ni ciertas casas... ¿Me entiende usted? Vicioso, humillado, una mañana tras varias noches de placer abyecto, sentí un dolorcito en la garganta; y luego, señor, vino esta espantosa enfermedad que me taladró los huesos y me emponzoñó la sangre. Viví por un tiempo en un barrio lejano, casi, y sin casi, de limosna. En un cuartucho sucio y sobre una tabla, me retorció por el dolor, sin que nadie me diera el más pequeño consuelo. Una vecina anciana tuvo un día compasión de mí, y con remedios caseros me puso en estado de levantarme y salir a la calle, roto, desgredado, infame casi con el impulso de tender la mano para pedir al que pasa medio real!

He visto a algunos de mis amigos de café... ¡No me han conocido! Uno me dió un peso y no quiso tocar mi mano por miedo del contagio. Supe que estaba usted aquí, y he venido a rogarle que haga por mí lo que pueda. No me es posible ya ni caminar. Voy a morir pronto. Me hace falta un pedazo de tierra para tenderme. —

¡Oh! perdona, pobre diablo, perdona, harapo humano, que te muestre a la luz del sol con tu amargo espanto; pero los que tenemos por ley servir al mundo con nuestra observación y nuestro pensamiento, debemos escudriñar, buscar el mal y sacar el ejemplo de su escondido agujero, con el pico de la pluma. El escritor deleita, pero también señala el daño. Se muestra el azul, la alegría, la primavera llena de rosas, el amor; pero se grita: ¡cuidado! al señalar el borde del abismo.

Lee tú mi cuento, joven bullicioso que estás con el diario en la cama, sin levantarte aún, a las once del día. Lee estos renglones si eres rico, y si pobre y estudiante, y esperanza de tus padres, léelos dos veces y ponte a pensar en el enigma de la esfinge implacable.

Allá va, flacucho y derrengado, con su corrupta carne, allá va apoyado en su bastón, anciano de veinticinco años, ruin y miserable; allá va Juan Martinito, en viaje para la tumba, camino del hospital.

Páginas 106 a 113 de *Revelaciones íntimas de Rubén Darío por M. Soto-Hall*. «El Ateneo». Librería Científica y Literaria. Pedro García (Rep. Argentina). 1925. Copiado de *El Correo de la Tarde* de Guatemala, segundo semestre de 1890.

La circunstancia que le inspiró este cuento, visita de un andrajoso que había sido su compañero de colegio, la refiere el mismo señor Soto-Hall en la página 106. Pero quien conozca la biografía de Darío advertirá fácilmente las varias reminiscencias de su propia vida introducidas

en el relato, perceptibles sobre todo cuando se ponen frente a este cuento las páginas 164 - 165 del libro *Como si fuera ahora* (Santiago, Chile, Ed. Nascimento, 1929) de don Emilio Rodríguez Mendoza. Se reproduce ahí una carta del 16 - X - 1887 dirigida por Manuel Rodríguez Mendoza al Dr. F. Puga Borne en que le pide que preste su asistencia profesional a su amigo Rubén Darío, joven lleno de talento, . . . tan digno de mejor fortuna, que «ha tenido la desgracia de adquirir una enfermedad que hasta le priva por el momento de salir a la calle». No debe omitirse en esta confrontación el odioso artículo contra Darío que en Enero de 1896 publicó en «*La Libertad Electoral*» de Santiago el endiablado «Bertoldino Navarrete», como lo apoda el poeta en la carta que reproduzco más adelante. Quizá tampoco deba omitirse el artículo *La herencia de Don Juan* del libro *Todo al vuelo*. Algún día se estudiará la personalidad de Darío, como la de Rousseau, Baudelaire, Maupassant o Nietzsche, desde un ángulo patológico; entonces estos documentos cobrarán valor.

Si no fuera por los galicismos habituales en Darío, mayormente en la época en que escribió este cuento, ninguno de los suyos tiene quizá rasgos más clásicos que éste, cuya intención moralizadora no habrían desaprobado ni el autor de las *Novelas ejemplares*, ni el de *Delectar aprovechando*.

PREFACIO DE GOTAS DE ABSINTIO

El autor de este pequeño libro tiene veinte años fuertes y frescos: pertenece a una honorable familia; es un trabajador asiduo, como lo demuestra en sus tareas de *La Ley*; y si sigue las aguas sociales y mundanas de su hermano Manuel — aquel a quien dediqué mi libro *Abrojos*; ¡un libro también de veinte años! — debe vestir elegantemente y frecuentar el Municipal, la Alameda y el Parque Cousiño.

Ahora, esto os lo advierto, lectores, porque él quiere que se le tenga por un bohemio, como lo demuestra el espíritu y la letra de todos estos cuentecitos, más bien poemas en prosa, que ha bautizado con el peligroso nombre de *Gotas de Absintio*.

Bohemia! . . . divino reino ya desaparecido desde hace largo tiempo. ¿Pero es que ha existido alguna vez? No hay duda, como Matachín y como las Islas de las Rosas. El cuento eterno empezará siempre así: «Este era un rey de Bohemia. . . » Mas, aquí abajo, en el mundo de las «gentes», la soñada Bohemia no ha existido jamás sino como causa de penas

y duelos para muchos vibrantes y alegres espíritus que de repente han sentido el daño del veneno de sus sueños.

«Siete meses después de la muerte de Murger — acaba de escribir Fermín Maillard — el 1.º de Septiembre de 1861, un amigo escribía ya: «Jamás muerte alguna suscitará tantas asnadas y estupideces como la de ese hombre de *esprit*. Sobre su tumba misma...» Sí, eso había pronto comenzado; y después de treinta y cuatro años, ¡pensad si hay hoy acumulación!... Vivo Murger, no fueron pocas las afrentas... Todas esas tonterías vienen de ese diablo de palabra: *bohemia*, mal definida, mal comprendida, y ¡que cada uno interpreta a su manera! Alguien encuentra a Murger en Marlotte *chez le père Sacot*, y pronto consigna el hecho en sus *memorias*: «*Murger semble rasséréné comme en une convalescence d'absinthe*». No habría hablado de otro modo de un alcoholista, es evidente. ¡Y bien! yo he conocido a Murger, le he visto con frecuencia, y no recuerdo si tomaba o no tomaba ajenjo: pero lo he visto siempre muy sobrio, cuidadoso de su persona, y correcto de *tenue*, moral y físicamente».

He ahí lo que dice ese amigo íntimo del Homero de la bohemia parisiense. El público, y sobre todo la parte del público que por organización cerebral y repugnancia psíquica, tiene a todos los artistas, a los escritores, a los soñadores, a los poetas, un invencible horror — ¡la familia Pipelet es inmensa! — saca enormísimo provecho de tal cual apariencia o fantasía; de allí el desgarramiento de pieles inocentes, que no tienen más pecado que amar el grande aire azul, las aguas cristalinas de los sueños y las amables caricias de las musas coronadas de rosas.

Conste, pues, que A. DE GÉRY no es un bohemio. La factura de sus cuentos está ejecutada de *chic*, como se dice en la jerga de los talleres artísticos. Y si le gusta el ajenjo, debe de tomarlo con mucha agua y mucha parsimonia, porque de lo contrario ni le tendría en su sección el Director de su diario, ni trabajaría adelantando siempre, como lo hace, ni llegaría a los puestos a que en su patria ha de llegar por su generoso y propio talento.

El cual demuestra en estas páginas, en que si se notan aún las dificultades de todo comienzo, se trasparentan asimismo un amor puro y noble del arte, adoración a la inmortal belleza, vuelos hacia el misterio, vagas visiones de ensueño, y la fe y la esperanza, virtudes supremas del elegido.

Dos autores, confiesa A. de GÉRY, que han sido sus guías e inspiradores; uno es Edgardo Poe. Por cierto que en algunos— en uno sobre todo — de estos poemas, nótase inmediatamente el *pastiche*. Mas, salva al autor la sinceridad, y el poner a cada paso algo de su espíritu y de su vida.

Este primer libro es un feliz augurio de otros superiores. Yo me atrevería a saludar en Emilio Rodríguez Mendoza a uno de los mejores escritores futuros de su país, es decir de nuestra América. *Tu Marcellus eris!*

Dice el grande Ernesto Hello, en uno de sus mejores libros: «*Celui qui peut dire à un travailleur inconnu: Mon enfant, tu es un homme de génie! celui-là mérite l'immortalité qu'il promet.*» Yo no diré tanto a mi joven amigo. Pero reconozco en él el principio de algo que se alza en un anhelo de luz y de belleza, sobre las abominaciones escritas y las logorreas incurables que la Mediocridad ambiente ha esparcido desde antaño sobre el alma criolla.

Se vencerá ¡oh jóvenes amigos, oh compañeros de América! Pero no os embarquéis en galeras de oro, al reino nuevo, sin preparar un buen bagaje y una buena coraza: no dejéis de llevar con vosotros a nuestra vieja nodriza la Gramática; y si veis más tarde, en el mar inmenso, una barca que flota, ya casi desvencijada y al irse a pique, que tenga por nombre *Azul*... no echéis en olvido que un pobre antecesor vuestro trajo en ella las gallinas...

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, Agosto, 1895.

Páginas V a XI de *Gotas de Absintio* por Emilio Rodríguez M. (A. de Géry). Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. Bandera 73. 1895. XII+74 p. de 14×9 c.

La frase «el grande aire azul», *le grand air bleu*, es un galicismo que

significa «el libre aire azul». No señalaré otros, pero haré notar su reincidencia en aconsejar respeto a la Gramática, la vieja nodriza, lo que prueba cuán involuntario e inconsciente era el galicismo en Darío.

En el penúltimo párrafo, la frase «Yo no diré tanto» contiene un error: el original autógrafo, que aun conserva el señor Rodríguez y me ha permitido cotejar con el libro, dice: «Yo no digo tanto». En la última frase se alude a la fábula de Iriarte (*Los huevos*): «Gracias al que nos trajo las gallinas». Fueron esta frase y la publicación de *Ritmos* de Pedro A. González el pretexto de que se valió Luis A. Navarrete para zaherir nuevamente a Darío en el artículo que he citado antes (*La Libertad Electoral*, I-1896). Parece que entre ambos periodistas perduraba una antigua enemistad. Terció luego don Emilio Rodríguez en defensa de Darío, y otros más, y, en contra, don Eduardo de la Barra. El nicaragüense no olvidó nunca estas ofensas: ya no hubo para él poetas ni cisnes en Chile.

CARTA A DON EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

Mi querido Emilio:

Supongo que habrá sanado ya de su última enfermedad. No he vuelto a saber nada de usted.

Le estimaré grandemente haga que se me envíe *La Libertad Electoral*. Asimismo libros o periódicos literarios de Chile, que hace mucho tiempo no veo.

Mándeme todo. Hasta las eyaculaciones críticas de Bertoldino Navarrete.

Y escribame.

Su afmo.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, 9 de Marzo del 96.

No se olvide de hacer que se me envíe *La Libertad Electoral*.

Recibí una amable carta de Robinet. ¿Para cuándo esas correspondencias?

Carta inédita hasta hoy, en atención a su limitado interés general. Pero las dos mencions que hace: del crítico L. A. Navarrete, que lo zaheró sin respeto y con crueldad, y de su protector y amigo C. T. Robinet, le dan valor.

En la primera frase, la palabra «usted» está abreviada en el original: «U.». Lo mismo: «Buenos», en la fecha: «Bnos.»

LOS COLORES DEL ESTANDARTE

La fin du dix-neuvième siècle verra son poète (cependant, au début, il ne doit pas commencer par un chef-d'oeuvre, mais suivre la loi de la nature); il est né sur les rives américaines, à l'embouchure de la Plata, là où deux peuples, jadis rivaux, s'efforcent actuellement de se surpasser par le progrès matériel et moral. Buenos-Ayres, la reine du Sud, Montevideo, la coquette, se tendent une main amie à travers les eaux argentines du grand estuaire.

LAUTRÉAMONT, *Les chants de Maldoror*.

Tengo, por fin, que tratar de mi obra y de mí mismo, *pro domo mea*, desde el momento en que un escritor digno de mi respuesta y de mi respeto ha manifestado juicios que me veo obligado a contradecir.

Se trata del señor Groussac, y los juicios a que me refiero han aparecido en la revista más seria y aristocrática que hoy tenga la lengua castellana: *La Biblioteca*, es decir, nuestra *Revue des Deux Mondes*. El señor Groussac ha proclamado mi modestia. Es la verdad: delante de la autoridad magistral, delante de los espíritus superiores soy modesto y respetuoso. Para el elogio y la censura ineptos, mi modestia es indiferencia absoluta. Para la hostilidad innominable (Ejemplo: la expansión inofensiva de un *muflé* gallego que pasta en Córdoba), mi modestia es más alta que Osa sobre Pelión.

El señor Groussac ha escrito, con motivo de la aparición de mi libro *Los Raros*, frases que me regocijan verdaderamente. No es su fama de fácil y blandilocuo. A sus espaldas murmura temeroso o iracundo el rebaño de heridos y amenazados. Yo he sido relativamente feliz. ¿Qué cosa hay más dulce que la miel y más fuerte que el león? Yo he encontrado miel en la boca del león, y del león vivo!

Yo conocí al señor Groussac en Panamá, cuando él iba a la exposición de Chicago y yo venía a Buenos Aires, vía París. Ya era el santo de mi devoción, destinado a ocupar un puesto en mis futuras hagiografías literarias. Le visité con la emoción de Heine delante de Goethe. Le dije que venía a Buenos Aires, de cónsul, pero, sobre todo, lleno de sueños de arte. El movió la cabeza de modo que yo traduje: «¡En qué berenjenales se va usted a meter!»

Algo me miraría en la parte de alma que sale a los ojos porque fué muy bondadoso en sus palabras. Si más adentro

hubiese podido penetrar se habría dado cuenta de esta confesión íntima: «Señor, cuando yo publiqué en Chile mi *Azul...*, los decadentes apenas comenzaban a emplumar en Francia. *Sagesse* de Verlaine era desconocido. Los maestros que me han conducido al «galicismo mental» de que habla don Juan Valera, son: algunos poetas parnasianos, para el verso, y usted, para la prosa.»

La Nación, en la primera temporada de Sarah Bernhardt, fué quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo.

Mi éxito (sería ridículo no confesarlo) se ha debido a la novedad. La novedad ¿cuál ha sido? El sonado galicismo mental. Cuando leía a Groussac no sabía que fuera un francés que escribiese en castellano, pero él me enseñó a *pensar en francés*. Después mi alma gozosa y joven conquistó la ciudadanía de Galia.

En verdad, vivo de poesía. Mi ilusión tuvo una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa. Creo en Dios; me atrae el misterio; me abisman el ensueño y la muerte; he leído muchos filósofos y no sé una palabra de filosofía. Tengo, sí, un epicureísmo a mi manera: gocen todo lo posible el alma y el cuerpo sobre la tierra, y hágase lo posible para seguir gozando en la otra vida. Lo cual quiere decir que no lo veo todo *en rosa*.

Mi adoración por Francia fué, desde mis primeros pasos espirituales, honda e inmensa. Mi sueño era escribir en lengua francesa. Y aun versos cometí en ella que merecen perdón, porque no se han vuelto a repetir. Sin haberlo leído, mi espíritu sabía el discurso de Rivarol. Cierto es que Brunetto Latini podría hoy repetir sus palabras sobre ese maravilloso idioma. Al penetrar en ciertos secretos de armonía, de matiz, de sugestión, que hay en la lengua de Francia, fué mi pensamiento descubrirlos en español, o aplicarlos.

La sonoridad oratoria, los cobres castellanos, sus fogosidades, ¿por qué no podrían adquirir las notas intermedias, y revestir las ideas indecisas en que el alma tiende a manifestarse con mayor frecuencia? Luego, ambos idiomas están, por decirlo así, contruídos con el mismo material. En cuanto a la forma, en ambos puede haber idénticos artífices. La evolución que llevara al castellano a ese renacimiento, habría de

verificarse en América, puesto que España está amurallada de tradición, cercada y erizada de españolismo. «Lo que nadie nos arranca, dice Valera, ni a veinticinco tirones». Y he aquí cómo, pensando en francés, y escribiendo en castellano que alabarán por lo castizo académicos de la Española, publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano, del cual saldrá, según José María de Heredia, el renacimiento mental de España.

Advierto que, como en todo esto hay sinceridad y verdad, mi modestia queda intacta.

El *Azul*... es un libro parnasiano y, por lo tanto, francés. En él aparecen, por primera vez en nuestra lengua, el «cuento» parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo injertado en el párrafo clásico castellano, la chuchería de Goncourt, la *câlinerie* erótica de Mendès, el escogimiento verbal de Heredia, y hasta su poquito de Coppée.

Qui pourrais-je imiter pour être original? me decía yo. Pues, a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original. «Usted lo ha revuelto todo en el alambique de su cerebro, dice el siempre citado Valera, y ha sacado de ello una rara quintaesencia.»

Azul... dió, pues, la nota inicial; y fortuna tuvo en España y aun en Francia, donde Peladán imitó francamente mi *Canción del Oro* en su *Cantique d'or*, que sirve de prólogo a *La Panthée*.

Ha de saber el señor Groussac que antes de publicar ese libro revolucionario ya había logrado sonrisas oficiales por mi volumen de *Epístolas y poemas*, cuyos versos tienen tal cañete que harían perdonar al más coriáceo de nuestros académicos el delito simbolista de mi *Canto de la sangre*....

En Europa conocí a algunos de los llamados decadentes, en obra y en persona. Conocí a los buenos y a los extravagantes. Elegí los que me gustaron para el alambique. Vi que los inútiles caían; que los poetas, que los artistas de verdad se levantaban, y la sátira no prevalecía contra ellos. Aprendí el són de la siringa de Verlaine y el de sus clavicordios pompadour. «¿Si llevara todo esto al castellano?» decía yo. Y del racimo de uvas del Barrio Latino, comía la fruta fresca, probaba la pasa-

da, y, como en el verso del cabalístico Mallarmé, soplabla el pellejo de la uva vacía y, a través de él, veía el sol.

Ví en los cenáculos, entre acólitos inútiles y verdaderos fracasados, grandes poetas y hombres sapientes. De esos van a la *Revue des Deux Mondes*.

Grotescos, los había, los hay. Como en América..... Los clásicos los tuvieron, como los románticos y los naturalistas. Los grotescos clásicos produjeron un bello libro de Gautier; los grotescos románticos fueron Pétrus Borel y Compañía; grotescos naturalistas ha habido hasta en España; grotescos decadentes, hasta en América. ¡Ah, jóvenes que os llamáis decadentes porque mimáis uno o dos gestos de algún poeta raro y exquisito, para ser decadente, como los verdaderos decadentes de Francia, hay que saber mucho, que estudiar mucho, que volar mucho!

¿Y quiénes son, por fin, los decadentes?

El Dr. Schimper en una de sus últimas correspondencias a *La Nación* hablaba de toda una conferencia, dada en Viena, sobre el verdadero nombre que habría que dar a los artistas modernos que se han agrupado bajo la luz del arte nuevo.

No tienen marca especial que los singularice como miembros de una escuela señalada. Unos parecen clásicos, como Moréas, que tiende a Racine; otros, románticos depurados; otros, salidos del naturalismo, como Huysmans, se hacen su lengua propia y se aíslan en un procedimiento inconfundible. Unos son insignes helenistas, como Louys, o latinistas, como Quillard; otros, como Albert, hacen a Francia el servicio de revelarles los secretos de la literatura del norte; y otros se oficializan y van a la *Revue des Deux Mondes*, como Wyzéwa o como Régnier, cuya entrada a la revista-antesala de la Academia no me asombra, pues, si la hija de su suegro ha colaborado en ella a los once años, bien puede el marido de su mujer hacerlo a los treinta.

Y si en Europa se ha estampillado con la estampilla de la decadencia a todos los que han salido de la senda vulgar y común, entre nosotros, en nuestra lengua, créalo el señor Groussac, el último gacetillero *boulevardier*, que escribiera con algún cuidado del estilo, sería un estupendo simbolista. Tenemos sujetos para quienes Sarcey y Ohnet son decadentes.

Y a propósito: el señor Groussac se equivoca al afirmar que Verlaine y Régnier no aceptaron nunca los epítetos de de-

cadentes, etc. Estas son pequeñeces de cenáculo que bien puede no conocer el maestro. Mas ha de recordar la balada de Pauvre Lélian *En faveur des dénommés Décadents et Symbolistes*, que pertenece a *Dédicaces* y cuyo envío es el siguiente:

*Bien que la bourse chez nous pêche,
Princes, rions, doux et divins.
Quoi que l'on dise ou que l'on prêche,
Nous sommes les bons écrivains.*

Ese grupo de artistas ha sido quien ha dado al mundo en estos últimos años el conocimiento de grandes almas geniales: Ibsen, Nietzsche, Max Stirner, y sobre todos, el soberano Wagner y el prodigioso Poe. Entre ellos, anónimos o desconocidos, han traducido y comentado, editado y propagado. Los prerrafaelistas son sus hermanos y con la obra de ellos prodúcese la iniciación de lo que llamara de Vogüé el «renacimiento latino»; con Gabriel D'Annunzio, a quien el señor Groussac veía, no hace mucho tiempo, desdeñosamente, y que hoy se ha impuesto (a pesar de los ataques y de las célebres acusaciones de plagio) hasta a la misma *Revue des Deux Mondes*. A todos ellos guía la estrella de la belleza. Oscuros hay, hay claros y cristalinos. En pintura y en música les siguen otros hermanos de armas. ¿Qué alma superior no siente hoy, así sea un lejano influjo de los titanes del arte moderno? Carne de Taine tiene el señor Groussac; pero hay en su alma un ruiseñor que canta de cuando en cuando cosas que no se oyen en la montaña de Taine. Yo me precio de conocer bien al director de la *Biblioteca*, mi maestro y mi autor. ¡Y bien!, entre las espumas tempestuosas, en la polémica, en la crítica, al costado de la onda maciza, suelo ver deslizarse, blanco y armonioso, al cisne de Lohengrin.

Y he aquí que voy a hacer una confesión: el autor del *Problema del genio* ha estado a punto de aparecer entre los raros de mi último libro, y hubiera tenido que respirar un incienzo que, si se prodiga a *históricas* como Rachilde y *ratés* como Bloy, no va, por cierto, del incensario de Calino.

Y hablemos de *Los Raros* que han tenido la suerte de hacer escribir un artículo al señor Groussac. No son raros todos los decadentes ni son decadentes todos los raros. Leconte de Lisle está en mi galería sin ser decadente, a causa de su aisla-

miento y de su augusta aristocracia. Rachilde y Lautréamont, por ser únicos en la historia del pensamiento universal. Casos teratológicos, lo que se quiera, pero únicos, y muy tentadores para el psicólogo y para el poeta. No son los *raros* presentados como modelos; primero, porque lo *raro* es lo contrario de lo normal, y después, porque los cánones del arte moderno no nos señalan más derrotero que el amor absoluto a la belleza (clara, simbólica o arcana) y el desenvolvimiento y manifestación de la personalidad. Sé tú mismo; esa es la regla. Si soy verleniano no puedo ser moreísta, o mallarmista, pues son maneras distintas.

Se conocen, eso sí, los instrumentos diversos, y uno hace su melodía cantando su propia lengua, iniciado en el misterio de la música ideal y rítmica. Hugo oyó a Chénier, Leconte de Lisle oyó a Hugo, Régnier oyó a Leconte de Lisle. Cada uno es cada uno, colina o cordillera. En esas pruebas del arte caen los superficiales y los flacos. *Los Raros* son presentaciones de diversos tipos, inconfundibles, anormales; un hierofante olímpico, o un endemoniado, o un monstruo, o simplemente un escritor que, como d'Esparbès, da una nota sobresaliente y original. Y a d'Esparbès llama el señor Groussac *raté*, al joven que ahora empieza su lucha, ya condecorado por Coppée, por el buen Coppée, delante del batallón literario... ¡Oh, poeta de *les Humbles*, qué dirías si vieses así marcado a tu d'Esparbès-des-Batailles, ahijado del emperador y caro al Aguila!

La cuestión del ritmo es larga de tratar, exigiría labor aparte. Mas no he de dejar de decir que el señor Groussac ha padecido también a este respecto algunas equivocaciones. De los versos que cita del libro de Robert de Souza, el primero, a mi entender, debe dividirse así:

Elle captive en | ses basiliques.

Y el hemistiquio no queda largo, porque se lee: *Elle captiv'en | ses basiliques*. Sobre los ritmos nuevos, de los cuales muchos no son sino antiguos renovados, más que Souza puede dar noticia Pierre Valin, un *fonetista* que ha estudiado el asunto desde Robert Longland hasta nuestros días. Y en la práctica, el divino Verlaine, en cuyas obras encontrará el señor Groussac versos que pueden también cantarse exactamente con la música de Parera. De Dubus cito unos en *Los Raros*:

*Dans la salle de bal nue et vide
 Reste seul un bouquet qui se fane,
 Pour mourir du même jour livide
 Que l'espoir des danseurs de pavane.*

El *Pour mourir du même jour livide* es hasta igual al mal verso de la canción nacional chilena: *O el asilo contra la opresión*. Ambos, sin embargo, pueden ponerse en solfa.

La poética nuestra, por otra parte, se basa en la melodía; el capricho rítmico es personal. El verso libre francés, hoy adaptado por los modernos a todos los idiomas e iniciado por Whitman, principalmente, está sujeto a la «melodía». Aquí llegamos a Wagner, y en ese inmenso bosque no vamos a penetrar, por ahora. Grandes poetas suelen equivocarse. Se ha negado la posibilidad del hexámetro español. Haylos admirables.

Poe los negaba en inglés; lo que no obsta para que la *Evangelina* de Longfellow esté en hexámetros.

Whitman, *nuestro* Whitman, rompió con todo y se remontó al versículo hebreo; se guió por su instinto. Y he de concluir yo también con el inmenso poeta de *Leaves of Grass*, con el *degenerado* Whitman, *raro, rarísimo*, maestro de Maeterlinck, y honrado también, el fuerte y cósmico yanquee, con el diagnóstico del judío Nordau. Estamos, querido maestro, los poetas jóvenes de la América de lengua castellana preparando el camino, porque ha de venir nuestro Whitman, nuestro Walt Whitman indígena, lleno de mundo, saturado de universo, como el del norte, cantado tan bellamanete por «nuestro» Martí.

Y no sería extraño que apareciese en nuestra vasta cosmópolis, crisol de almas y razas, en donde sufrió Andrade, el de la *Atlántida* simbólica, y aparece este joven salvaje de Lugones, precursor quizá del anunciado por el enigmático y terrible loco montevideano, en su libro profético y espantable.

RUBÉN DARÍO.

La Nación de Buenos Aires, 27 - XI - 1896. Reproducido, junto con la crítica de Paul Groussac, en el N.º 82, Febrero de 1916, de *Nosotros* de Buenos Aires, entrega consagrada por entero a Darío.

Debo repetir aquí mis agradecimientos a don Pedro Henríquez Ureña, quien me envió una copia a máquina de este artículo.

He corregido algunas erratas evidentes.

A pesar de ciertas vejeces de forma, este artículo es valioso, como documento. Aclara la controversia sobre los influjos que obraron en Darío, sus propósitos y sus admiraciones de aquel momento, en que, si bien se estaba imprimiendo todavía el libro *Prosas profanas*, casi todos los poemas que lo compondrían eran ya conocidos. Predice el renacimiento espiritual de España dos años antes de la fecha convenida para su inicio. Anticipa, además, ideas que volverá a emitir, diecisiete años más tarde, en *Historia de mis libros*.

A propósito de la construcción «..... la revista más seria..... que tenga la lengua.....», conviene notar que el galicismo mental de que habló Valera en 1888 se había convertido ya en 1896 en galicismo a secas en el lenguaje de Darío. Usa casi regularmente el subjuntivo, en vez del indicativo, en las proposiciones subordinadas a ideas superlativas y en otros casos: *escribiese, alabaran, llamara*, en este mismo artículo. Este mal uso no lo inventó Darío, pero gracias a él se ha extendido entre los plumarios. Los demás galicismos de este artículo son numerosos: «desde el momento en que» por «puesto que»; «en rosa» por «de color de rosa»; «cometer versos» por «hacerlos»; «mimáis» por «remedáis»; «tiende a Racine» por «hacia Racine»;.....

Mufle es voz francesa popular que significa *palurdo*, roto. *Calinerie*=*zalamerta*, *caricia*. *Ratés*=*fracasados*. Las demás expresiones en francés son más fáciles de entender.

Los versos en francés que merecen perdón son los de *Azul*.....: tres poemas de la segunda edición (Guatemala, 1890). Sin embargo, posteriormente Darío escribió *Helda* (de *El canto errante*) y *France Amérique* (de *Canto a la Argentina y otros poemas*), con defectos semejantes a los que incluyó en *Azul*.....

En la escanción del verso *Elle captive*..... Darío incurre en el error de aplicar procedimientos castellanos que no admite el verso francés: la sílaba *v'en* no puede ir al fin del primer hemistiquio, después del acento, como sílaba sin tiempo; hay que contarla, y contarla en el segundo hemistiquio, como hacía Groussac.

Parera es el autor del *Himno nacional argentino*, aludido por Groussac. «Robert Longland», si no es error, como parece, no sé quién sea. No conozco la obra de P. Valin. Hay un escritor inglés William Langland.

PROLOGO DE EL MAR EN LA LEYENDA Y EN EL ARTE

Estas líneas van para Chile: por tanto mi saludo al noble y fuerte país en donde he vivido bellos años de juventud. Es, quizá, en la contemplación de su mar, en mis días de Valparaíso, y en momentos crepusculares, o llenos de luz, cuando he oído por la vez primera la voz que escuchara después en el verso del sibilino lírico:

Je suis hanté: Azurl azurl azurl azurl

Ya, por cierto, de niño, en mis lejanas tierras natales, en la infancia en flor, me había atraído y admirado el Monstruo. En Chile aprendí a amarle, porque allí fué donde habló a mis fragantes ilusiones, a mis soledades y a mis tristezas...

Un chileno me conduce hoy, como en un yacht elegante y bizarro, sobre «la hidra de verdes escamas», que dice el poeta. Y ha querido que, al navegar hacia Chile su barco, vaya, al lado de su insignia, mi bandera.

Es Alberto del Solar ese yachtman. Sobre la onda literaria, le he visto tender sus velas gallardamente. En lo revuelto del océano, en alta mar no teme las tempestades, saluda a los grandes navíos, se aleja de la piratería, y no es desdeñoso con las pequeñas barcas pescadoras.

Le conocía de fama ha largo tiempo, desde cuando, mundano y diplomático, alternaba sus tareas de salones y cancillerías, con el cultivo de su pensamiento, amoroso de estas cosas de las letras, que con sus humos y vapores de oro y de azul, nos consuelan de las prosas de la vida, haciéndonos dueños de prodigiosos castillos y palacios del aire, desde cuando, allá en París, unía su nombre al de su amigo ilustre Juan Montalvo, en un incidente que más tarde haríale escribir una de sus mejores novelas.

Y luego que el viento de la vida me trajo a esta grande y admirable patria Argentina, del conocido de los antiguos palacios aéreos fuí amigo en su palacio de piedra.

La literatura a la Brisson, un poco del hoy usado reporterismo hábil, me daría tema para pintaros a vuestro compatriota, en su morada de la Plaza Libertad; pero el capitán da orden de zarpar, y si he bajado a tierra y penetrado en su principescas mansión familiar, ha sido para deciros que en el gabinete de labor, entre libros y lujos, osténtase un gran cuadro en que hay tres niños vestidos de marineros...

Sus tres divisas dicen: *Esmeralda*.

He aquí que esos niños — cuyas risas podríais oír alegrando el aristocrático hotel — con sus trajes que se destacan sobre la cubierta del barco que les sirve de escenario, entre jarcias y breas, simbolizan la pasión del Mar y de la Patria. Los pequeños marineros dicen de un país que tras la cordillera, blanca, de siglos, se extiende hacia el polo austral, país conocido de las

tempestades y de los vientos, país de mar y de marinos, que tiene a guisa de adorno, sobre su pecho, un ramillete de islas; el país de los chilotes, camaradas de los alcatraces y amigos de las gaviotas. Y así, juntos están Patria y Mar: ¡*Esmeralda!*

Y ahora, a navegar. Y mientras vamos con buen viento, conversemos del dueño del yacht.

El cual, si ama las olas, ha sido antes hombre de tierra y de guerra. Conocéis sus libros.

Espíritu culto y flexible, ha probado su vuelo en géneros distintos. La memoria, la impresión, en sus recuerdos de guerra, de la terrible guerra del Pacífico; el libro de viajes en su trabajo sobre España; la reconstrucción histórica llena de fantasía, en su *Huincahual*; el ensayo en su *Dorrego*; los asuntos fisiológicos en sus estudios publicados en *La Nación*; la novela en *Rastaquouère* y *Contra la Marea*; la sátira ligera en su *ripòsta* al exquisito esteta asturiano Antonio de Valbuena.

Ha tiempo que he leído los libros de del Solar; mas, en mi memoria encuentro aún varias impresiones. Las *Páginas de un diario de campaña* recuerdo que están llenas de brava verdad y de energía. Alberto del Solar tiene el amor de la Patria — tan hondamente arraigado en vosotros — siempre incommovible y pronto a estremecerse. Aquí lo ha demostrado en más de una polémica ruidosa.

Su *Huincahual*, obra primigenia, ha dejado en mí un fijo recuerdo. Vosotros que sabéis bien de esa obra de vuestro Arauco, recordaréis aquellas escenas del rapto de María, la hermosa paloma cristiana adorada del bárbaro, que llega a ser la soberana de la tribu, la reina de las montañas. Luego, los cuadros y representaciones de las fiestas indígenas, las supersticiones y prácticas misteriosas; la maternidad de la blanca; que llega casi a ser dominada por el vigor de aquella pasión robusta y primitiva; las pláticas sobre religión entre Huincahual y su adorada, en las cuales el araucano responde, como en tierra de chorotegas y nagrandanos el cacique Nicarao al misionero de España; y, por último, tras escenas curiosas y pintorescas, el terrible final, la trágica venganza de Nalcú.

De *Rastaquouère* y de *Contra la Marea*, os haré notar tan solamente, en este corto prólogo, pues viene al caso, sus marinas.

Con una escena de a bordo comienza la primera; y los que hayáis viajado reconoceréis la exactitud de lo observado y lo justo del color. En la segunda hay ricas pinceladas y efluvios llenos de sal oceánica. Y leed estas palabras sobre uno de los personajes de la novela:

«Rodolfo amaba el mar con locura, habiendo tenido ocasión de contemplarlo de cerca muchas veces durante su vida. Lo amaba, además, por instinto, por herencia y tradición, como lo había amado su padre, como lo había amado su abuelo, el viejo marino mercante.

«En sus trabajos literarios hubiera podido descubrirse esta circunstancia: la entonación más elevada y la nota más simpática hallábanse siempre allí donde el autor había debido abordar temas que admitiesen en su desarrollo la introducción de grandiosos o risueños paisajes marítimos. Si alguna vez describía algo con pasión, con entusiasmo verdadero, era en los casos en que encontraba, como materiales para su cuadro, olas y marejadas, brisas y musgos marinos, algas e islotes salvajes.

«Había leído con pasión a Byron, siguiéndole, fervoroso, a través de tormentas y borrascas, con *Don Juan*, el *Corsario* y *Childe Harold*. Para él, el mar tenía también vida, tenía voz y voluntad, y lo admiraba cuando brama airado bajo el soplo del huracán que ruge, como cuando, manso, sereno, en las tardes de calma, mecé apenas sobre sus ondas el barco de vela inerte.»

...Rodolfo, quiero decir, Alberto del Solar, nunca ha satisfecho su pasión marina, como en la monografía presente, que, en parte, fué leída en nuestro Ateneo de Buenos Aires.

Leédla y sentiréis llenarse vuestros pulmones de un aire impregnado de yodos y alquitranes; veréis pasar en rápido desfile, en la leyenda y en el arte, una sucesión de visiones marinas que os encantarán.

Yo, que amo con profundo amor ese gran corazón del mundo que no cesa de palpar, como el corazón del hombre, más de una vez al recorrer estas bellas páginas, he volado con mi espíritu a la orilla del Mar, soberano y sensitivo, venerable y trágico, y le he saludado como a un ser de misterio y maravilla, cuna de la Rosa olímpica, Venus, y dominio de la Rosa Mística.

ca, María, *Maris Stella*; le he saludado, ya con el sonoro grito clásico: *thalatta! thalatta!*, como si, triunfante, vencedor de una hermosura, la estrechase aún entre mis brazos a la mirada de las olas, tal en el verso d'annunziano:

*fremendo preme su l'arena asciutta
ella i contorni de le membre pure;*

o con invocación, con clamor católico, tal como una vez, allá lejos, ante la Virgen Negra de Normandía, patrona de marineros y pescadores, en un crepúsculo de la tarde en que yo vagaba en compañía de mis ensueños.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, Septiembre, 1897.

Páginas V a XVII de *El mar en la leyenda y en el arte* por Alberto del Solar. Buenos Aires. Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos. Calle Perú — 680. 1897. XVIII + 120 p. de 18×12 c.

Las palabras griegas *thalatta! thalatta!*, o *thalassa! thalassa!*, o *El mar! El mar!* (Jenofonte, *Anábasis*, IV, 8), están en el original en letras griegas.

Los versos de D'Annunzio significan: Temblando, ella imprime en la arena suelta los contornos de sus miembros puros. La forma anticuada *membre* está en vez de *membra*. Quizá deba leerse *asciutta*, enjuta, en lugar de *asciutta* o *asciotta*.

«Ante la Virgen Negra de Normandía»; alusión al trozo lírico escrito por Darío en 1893, tercero de la serie *Visiones pasadas* del libro *Cuentos y crónicas* (t. XIV de las «Obras completas», editadas por «Mundo Latino»).

En la «Carta confidencial» que Darío escribió en 1895 a don Emilio Rodríguez Mendoza y que éste publicó en su libro *Como si fuera ayer* (Santiago, 1922), p. 395 hay unas frases enigmáticas de pluma del poeta que atestiguan el resentimiento que ya por entonces tenía contra Chile: «Pues, en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida». Año y medio después, hallamos en este *Prólogo* que en Chile el mar «habló a las soledades y tristezas» de Darío. Lo «desagradable de su memoria de Chile» ¿serían acaso estas tristezas motivadas por sus soledades? O acaso ¿todos los sucesos a que aluden los *Abrojos*?

La frase «la voz que escuchara después» es una de tantas que no se avienen con el respeto, tantas veces predicado por Darío, a «nuestra vieja nodriza la Gramática».

EL DOLOR DE NO AMAR Y EL DOLOR DE AMAR

Abandonado a todas las inclemencias, herido por agudas decepciones, por muchos años no pensé más en el amor. Y la vida me pareció sin objeto. Padecía, me quitaba toda luz y todo placer, el dolor de no amar.

El dolor de no amar es un dolor profundo y sañudo: vive del alma como un parásito, vive de la planta joven. Es un dolor irremediable, que formula estas preguntas: ¿Para qué existir? ¿Qué objeto tiene la vida? ¿Qué esperas sobre la tierra? ¿No has pensado en la muerte? ¿No libera la muerte?

Andando por el mundo, como un sonámbulo, sin fijar mis ojos en la gente que me rodeaba, sintiendo la pesada carga de la vida, meditando en las preguntas que formulara mi dolor, peregrinando sin un fin conocido, por entre la obscuridad, de repente un resplandor intenso me hirió las pupilas y se iluminó todo mi ser; el amor volvió a mí, después de muchos años de ausencia. Una ideal mujer me había hecho su esclavo, sin saberlo ella. Y mis ojos, y mis pasos, y mi alma, la seguían a todas partes.

Entonces padecía, me quitaba toda luz y todo placer, el dolor de amar, profundo y sañudo, que vive del alma como un parásito vive de la planta joven. Es un dolor irremediable, que formula estas preguntas: ¿Para qué amas? ¿Acaso puedes ser amado? ¿No mata el amor solo? ¿No necesita el amor de otro amor? ¿Alcanzarás tú ese otro amor? ¿Has pensado en todo esto? ¿No es triste amar así? ¿Qué objeto tiene la vida, si sólo tú amas, si a tus lágrimas responden risas? ¿Para qué existir? ¿Qué esperas sobre la tierra? ¿No has pensado en la muerte? ¿No libera la muerte?

RUBÉN DARÍO,

La Revista Cómica, Santiago de Chile, Segunda Semana de XI - 1905, N.º 5, p. 29.

LA LARVA

Como se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su *Vida*, de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano dijo:

— No sonriáis. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo a vosotros, si no una salamandra, una larva o una ampusa.

Os contaré el caso en pocas palabras.

Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquistadores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evocar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa, ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció a un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Aparecióse un obispo a otro obispo, para indicarle un lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la catedral. El diablo se llevó a una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo ví, lo que yo palpé, fué a los quince años; lo que yo ví y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos tenebrosos.

En aquella ciudad, semejante a ciertas ciudades españolas de provincia, cerraban todos los vecinos las puertas a las ocho, y a más tardar, a las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, o el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores.

Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, o para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado apenas por los faroles de petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes.

Algunas veces se oían ecos de músicas o de cantos. Eran las serenatas a la manera española, las arias y romanzas que decían, acompañadas con la guitarra, las ternezas románticas del novio a la novia. Esto variaba desde la guitarra sola y el

novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal o cual señorete adinerado hacía sonar bajo las ventanas de la dama de sus deseos.

Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir a la calle, e ir con la gente de una de esas serenatas. Pero ¿cómo hacerlo?

La tía abuela que cuidó de mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas, un día supe que por la noche habría una serenata. Más aún: uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría a la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron a la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan de evasión. Así, cuando se fueron las visitas de mi tía abuela — entre ellas un cura y dos licenciados — que llegaban a conversar de política, o a jugar al tute, al fusileo o al tresillo; y una vez rezadas las oraciones y todo el mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave a la venerable señora.

Pasadas como tres horas, ello me costó poco, pues sabía en donde dejaba las llaves, y además, dormía como un bienaventurado. Dueño de la que buscaba, y sabiendo a qué puerta correspondía, logré salir a la calle, en momentos en que, a lo lejos, comenzaban a oírse los acordes de violines, flautas y violoncelos. Me consideré un hombre. Guiado por la melodía, llegué pronto al punto donde se daba la serenata. Mientras los músicos tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licores. Luego, un sastre, que hacía de tenorio, entonó primero «A la luz de la pálida luna», y luego «Recuerdas cuando la aurora...» Entro en tantos detalles, para que veáis cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí extraordinaria. De las ventanas de aquella Dulcinea, se resolvió ir a las de otra. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces... He dicho que tenía quince años, era en el trópico, en mí despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia... Y en la prisión de mi casa, de donde no salía sino para ir al colegio, y con aquella vigilancia, y con aquellas costumbres primitivas... Ignoraba, pues, todos los misterios. Así, ¡cuál no sería mi gozo cuando, al pasar por

la plaza de la Catedral, tras la serenata, ví, sentada en una acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, a una mujer! Me detuve.

¿Joven? ¿Vieja? ¿Mendiga? ¿Loca? ¿Qué me importaba? Yo iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada.

Los de la serenata se alejaban.

La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgidas. Como no obtuviese respuesta, me incliné y toqué la espalda de aquella mujer que no quería contestarme y hacía lo posible porque no viese su rostro. Fuí insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesosa y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió primero como una risa ronca; y luego aquella «cosa», haciendo la más macabra de las muecas, produjo un ruido que se podría indicar así:

«¡Kgggggg...!»

Con el cabello erizado, dí un gran salto, lancé un gran grito. Llamé.

Cuando llegaron algunos de la serenata, la «cosa» había desaparecido.

Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

RUBÉN DARÍO.

Selecta, revista de Santiago de Chile, Año II, N.º 9, XII - 1910, página 374.

Asombra que este cuento no haya sido recogido en las «obras completas». Su estructura y macabro realismo son los de algunos cuentos de Maupassant.

Se basa en un suceso vivido, pero no bien deslindado por Darío, quien alude a él en su *Autobiografía*, capítulo XLVI, en los siguientes términos: «En *Caras y Caretas* ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la catedral de León, en Nicaragua, una madrugada ví y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio.» (*Vida*, p. 205). La publicación en Buenos Aires, a que se alude, ha debido de tener lugar antes de octubre de 1910, porque el Dr. Boti me dice que en *El Figaro* de La Habana se reprodujo el 16 - X - 1910. No obstante la seguridad de hallarse el narrador

«en su sano y completo juicio», repare el lector en la frase del cuento: «Mientras los músicos tocaban los concurrentes tomaban cerveza y licorés».

CARTA A DON LUIS ORREGO LUCO

Señor don Luis Orrego Luco.

Santiago.

Mi querido Lucho:

A través de tanto tiempo y de tanta distancia, hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas.

Han desaparecido viejos amigos, entre los cuales hay aquellos que la gloria chilena debe coronar, bastaría con recordar a nuestro querido Pedro Balmaceda Toro, a Vicente Grez, a Carlos Luis Hübner y los que estén aún en la actividad de su talento — de los compañeros de entonces, entre los cuales los Huneus, Alfredo Irarrázaval y usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de los últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho.

Después de veinticinco años vuelvo a Chile. Bien sabido es que allí publiqué mi libro *Azul*, es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había, con favor de Dios, de conmover a la juventud intelectual de dos Continentes.

Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.

Va esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi *Canto a las glorias de Chile*.

Y mi abrazo.

RUBÉN DARÍO.

Pacífico Magazine, revista de Santiago de Chile, Enero de 1921. Vol. XVII, N.º 97, p. 80 - 81. Artículo *Rubén Darío en Chile* por Luis Orrego Luco. En la p. 73, retrato de «Rubén Darío cuando estaba en Chile», el mismo que había publicado ya don T. Picado como de 1892 y que reproducirá F. Contreras como de «a los 25 años». En la p. 77, fotograbado de la «Urna con los despojos de Darío, durante sus funerales en

León (Nicaragua)». Son datos para la iconografía de Darío, que algún día habrá que hacer,

La carta no aparece fechada. El dato «después de 25 años» sumado a 1889, año de su partida de Chile, daría 1914. Pero en el artículo del señor Orrego Luco (p. 81) se habla de que «el camino de la Cordillera quedó súbitamente interrumpido» y de que Darío «tuvo que volverse a Europa sin habernos dado el saludo». Esta carta fué escrita, pues, en los mismos días en que Darío dictaba su *Autobiografía* en Buenos Aires, es decir, en Septiembre u Octubre de 1912. Lo que explica sus datos un tanto inexactos.

Darío acababa de hacer un viaje principesco que podemos seguir paso a paso en la relación de *Mundial*. En el pináculo de su gloria vivida, semidió sobre el Parnaso ambulante que lo traía a América, harto de manjares y libaciones, su magnanimidad debió de acoger todos los olvidos. Sólo así se explica esta carta, ambigua primero («el mismo afecto»), cordial después («dulces horas»), puesta frente a la *Carta confidencial* del 10 - II - 1895 a don Emilio Rodríguez Mendoza. Quizá también habría un tantico de cálculo, en vísperas de su nueva visita en proyecto. En todo caso, es ésta una de las dos veces, que Darío menciona en sus escritos el *Canto épico*, y lo hace con evidente satisfacción. La otra ocurre en el artículo *Ricardo Palma*.

He puesto un guión en el segundo párrafo de la carta en un sitio en que parece que faltaran palabras.

RECUERDOS ARGENTINOS

EN EL TIGRE-HOTEL

Son las seis de la tarde, de una tarde deliciosa, llena de pálidas claridades y de voces de pájaros. Por todas partes canta el solo mágico del verde. Calles de desolados sauces de ramas colgantes, como las barbas de los árboles del comienzo de *Evangeline*; ramas que apenas mueve el aire. En el agua cercana se reflejan los verdes de la orilla, de la orilla en donde el salón de conciertos, mudo y solitario, soporta su caperuza gris.

Parece que el hotel estuviese deshabitado; tan sólo en una que otra ventana; algunas damas conversan y miran hacia la dulce quietud del campo. Por el río pasa, de cuando en cuando, un bote impulsado por un remero. Una suave tristeza lo inunda todo. Una pareja feliz... se dirige a embarcarse en un bote blanco, que la conduce, tranquila y blandamente, sobre el agua especular, a la otra ribera. El cielo, teñido de un indefinible violeta, se desmaya en una indecisa moribundez. Del campo vienen las voces de los animales crepusculares, sobresaliendo el violín monocorde de los grillos,

Tengo que hacer una observación a Aristófanes. Las ranas no cantan como él asegura: *coax, coax, coax, patatrax, patatrax*. Antes bien, como lo ha apuntado un escritor yankee en un notable magazine que acabo de ver, para expresar ese canto tendría que emplear mucho más difíciles onomatopeyas que las del poeta griego.

EN LA TERRAZA

Al venir la noche, la terraza comienza a alegrarse. La luz eléctrica da su claridad blanca; el piano despierta bajo los dedos de una bella inglesa, en el salón. Botes y carruajes empiezan a traer concurrentes. Un señor de buena edad, serio como un artículo editorial, se pasea fumando su excelente cigarro habano.

Las mesas para la comida se colocan al amor del cielo, al aire fresco.

La mayor parte de las gentes son inglesas — franelas blancas, *canotage* bicicleta — después todo cambia, cuando llega la hora de comer. Unos cuantos visitantes parten al sonar la campana que anuncia cada salida de tranvía. Conversaciones con ruido de vajilla, estallidos de apollinaris, una que otra suave risa. Pasada la comida, fuga a los chalets cercanos, a la estación, aquí, allá. Decididamente, es un principio de estación poco animado. Un preludio. Ya llegarán los momentos de las fiestas:

*Cependant la lune se lève
Et l'esquif en sa course brève
File gaiement sur l'eau qui rêve.*

P. V.

Como no miro a mi rededor ni una sola cara conocida, sin charla, sin *flirt*, sin nada más que un libro de Verlaine bajo la luz temblorosa de las lámparas, cierro el libro, voy hacia el río, y navego camino de las islas, en la frescura de la noche. La noche tiene todos sus diamantes, y el agua está tan quieta y clara que se podrían pescar estrellas. La luna muestra su curva de oro: tal como si Amaltea sacase sus cuernos a través de la seda del cielo. El claro de luna trémulo sobre la onda corrida al poema en prosa, a menos que no sea a inéditas mandolinatas. Jamás he comprendido mejor la vaga tristeza de la soledad, ni he envidiado más al abate confesor de Eglé y al

caballero Atis, que puntea su guitarra a las miradas de la ingrata Clori, ni he sentido tan bien — ¡lamentando su falta!— la ventura encantadoramente fugitiva de las fiestas galantes.

Mientras el bote avanza, al chapoteo musical de los remos, desfilan en las orillas solitarias y oscuras largas procesiones de álamos y sauces, que dicen en silencio versos de Tennyson. El paisaje, lleno de una misteriosa atracción nocturna, es profundamente melancólico. Como yo me envuelvo en mi ensueño, mi conductor suspende la conversación que desde hace rato pretende entablar, da un fuerte golpe de remo a las claras aguas, y me desdenea con justicia; así los ilustrados literarios a la perniciosa escuela llamada decadente.

¡Oh, qué lejos de Buenos Aires, Dios mío, y tan cerca! No es, por cierto, a causa de la terrible vida moderna, este campo, el campo de Fray Luis, ni aun el campo de Horacio.

Mas quien quiera dar reposo y ensueño al espíritu, harto y fatigado de la tórrida y agitada vida porteña, véngase a recorrer estas corrientes amables en la grata soledad de la noche. No en soledad, no. Esta deleitosa poesía es para ser compartida. Querubín escuchará de su madrina exquisitas razones, al compás de los remos. Angélica hará soñar a Medoro. Pierrrot mismo podría olvidar su pasión casta por la Luna extasiado con las pláticas de Colombina.

Como tantos recién casados han venido a ver brillar sus lunas de miel por estos alrededores, siéntese una especial dulzura nupcial en el ambiente.

De vuelta, un momento antes de llegar al hotel, percibo otra barca y oigo en ella hablar francés. Y en tono un poco bajo, una voz de mujer da al viento un aire conocido, algo que hemos oído cantar a una linda boca parisiense:

Encore une gavotte... une petite gavotte...

Encore une gavotte...

Pues no hay que quejarse tanto de la tristeza de la noche: claro de luna, *rêverie*, y una gavota cantada en un dulce francés...

Cierto es que Pauvre Lelian había preparado mi espíritu con sus mágicas y exquisitas fiestas. A tal punto, que al pasar por la terraza, camino de mi habitación, cruza conmigo un espléndido cortejo imaginario.

La fantasía siempre flota en el claro de luna:

*Au calme clair de lune triste et beau,
Qui fait rêver les ciseaux dans les arbres
Et sangloter d'extase les jets d'eau,
Les grands jets d'eau sveltes parmi les marbres.*

Luego miro de cerca la tropa encantadora de la farsa italiana; el abate que divaga; el marqués que dice a una diva un cumplimiento. Canta a mi oído la canción de «los ingenuos», y la sugestión de los caracoles verlenianos; los fantoches Scaramouche y Policinella gesticulan; la mandolina envía un aire suave sobre los faunos de mármol y las flores.

A Climena digo yo también: *Ainsi soit-il!*

Oigo la conversación de los indolentes, y al cantar de un ruiseñor invisible me llegan los ecos del más sentimental de los coloquios, del cual solamente la noche y yo escuchamos las palabras.

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, revista de París, de IX - 1913, p. 145. La firma imita el autógrafo, y la página está ilustrada con la escena de *Encore une gavotte*...

Darío firmó el poema *Divagación de Prosas profanas* «Tigre Hotel, Diciembre de 1894». Otras circunstancias más denuncian que estos *Recuerdos* se refieren a esa época. Pero pudo escribirlos más tarde. Eso sí, diecinueve años parece demasiado. Tal vez se publicaron antes de 1913, como ocurre con varios escritos del «director literario» aparecidos en las revistas de los Hermanos Guido.

MI TIA ROSA

Mi vecina, sollozante, a un extremo del salón, había recibido ya su reprimenda; mas, después del consabido proceso de familia, se sabía, o se había resuelto, que ella no era tan culpable; ¡el culpable principal era «este mozo que parece que anduviese por las nubes, pero que me ha de dar muchos dolores de cabeza»!

Yo tenía a mía inclinada; mas, feliz y glorioso delincuente, guardaba aún el deslumbramiento del paraíso conseguido: un paraíso rubio de quince años, todo rosas y lirios, y fruta de bien y de mal, del comienzo de la vendimia, cuando la uva tiene aún entre su azúcar un agrio de delicia.

Mi padre, un tirano, seguía redoblando su sermón...
—«Porque te juzgas ya un hombre: y no eres sino un mozo de-

saplicado... Parece que anduvieses viendo mariposas en el aire... ¡Roberto, alza la frente, mírame bien! Te he perdonado muchas faltas. No eres en el colegio un modelo. Tu profesor de matemáticas te declara un asno, y yo estoy por encontrar que tiene mucha razón tu profesor de matemáticas. No hablas casi, y cuando lo haces, hablas solo. El día en que te reprobaron, ha encontrado tu madre, entre tus libros de estudio, versos y cartitas de amor. ¿Es esto serio? Sin embargo, lo serio es esto otro. Tu falta de ahora merece el más severo castigo, y lo has de tener. ¡A esto te ha llevado el andar divagando y soñando! ¡Bonitos sueños los de ahora! ¿Acaso estás en edad de cumplir como debe hacerlo un caballero? Yo he de enseñarte a conocer tus deberes, con el rigor que no he empleado nunca. Yo he de enseñarte a ser hombre de veras. ¿Quieres desde ahora ser hombre? Pues a hacer obras de hombre. En verdad, que andar muy lechuguino y enamorado y haciendo algo peor que los versos, no es digno de quien desea ser un *gentleman*. Versos, y después de los versos, de los versitos, tenemos ahora esto... ¡Bribón!»

Jamás había tronado tanto.

—«Es que yo me quiero casar...» — pude por fin exclamar, con un modo y voz de *Poil-de-Carotte* afrentado.

Entonces, tras una doble carcajada por lo que dije, que debía ser muy ridículo, quien se adelantó a perorarme fué mi madre: — «¡Casarte! ¿Con qué te vas a casar? ¿Con qué vas a mantener a tu mujer? ¿Es que crees que puedes remediar la atrocidad que has hecho? «¡Me quiero casar!»... ¿Has visto alguna vez casarse a los chicos de la escuela? Pues tú no eres más que un chico del colegio. Y tu padre tiene razón: esos mamotretos, esos versos, esos papeles inútiles, son la causa de todo. Por eso no estudias y pasas el día de ocioso. Y la pereza es la madre de todos los vicios. Lo que acabas de hacer es obra de la pereza, pues si en algo útil te ocuparas, no tendrías malos pensamientos... Y lo cierto es que nuestra extremada bondad para contigo, te ha hecho ir cada día de mal en peor. ¡Al campo debías haber ido, a trabajar al campo! ¿No quieres seguir una carrera? ¡Al campo! Tu padre pensaba muy bien cuando te quiso dedicar al comercio... Tú te encaprichaste, y después de mucho rogarte yo, te decidiste al estudio, y me ofreciste ser abogado... ¿Qué has hecho? No eres ni bachiller. «¡Me quiero casar!» ¿Y qué van a comer en tu casa? Porque debes tener casa. El casado casa quiere.

¡Casado a los dieciséis años! ¿Qué vais a comer tú y tu mujer? ¿Versos, flores, estrellas?... Y me vas a echar al fuego ahora mismo toda esa papelería... Y entrégame las cartas que te haya escrito esa deschavetada... Y alístate, porque te vas al campo, sin remedio, a trabajar a una hacienda, para que seas hombre de veras... ¿Quieres desde ahora ser hombre? ¡A trabajar como hombre, pues! ¡Bribón!»

Y el paternal trueno:— «¡Bien dicho!»

Tú lo sabes, divina Primavera, y tú, imperial Aurora, si era yo en realidad el atroz personaje pintado por las palabras de mis padres. Pues era el tiempo primaveral y auroral mío, y en mi cuerpo y en mi alma florecía, en toda su magnificencia, la gracia de la vida y del amor. Mis sueños poéticos habían ya tendido sus palios de azul, sus tiendas de oro maravilloso, Mis visiones eran mañanas triunfales, o noches de seda y aroma al claro plenilunar; mi astro, Venus; mis aves, pavones fabulosos o líricos ruiseñores; mi fruta, la manzana simbólica o la uva pagana; mi flor, el botón de rosa: pues lo soñaba decorando eminente los senos de nieve de las mujeres; mi música, la pitagórica, que escuchaba en todas partes: Pan; mi anhelo, besar, amar, vivir; mi ideal encarnado, la rubia a quien había un día sorprendido en el baño, Acteón adolescente delante de mi blanca diosa, silencioso, pero mordido por los más furiosos perros del deseo. Sí, yo era el facineroso de la vida, el bandido del alba; sí, padre y madre míos, tenéis razón de relampaguear delante de mis dieciséis años, pues estaba en la víspera de entrar a saco a Abril, de hacer la carnicería de Mayo, y de celebrar el triunfo de la juventud y del amor, la gloria omnipotente del sexo, con todas las vibrantes dianas de mi sangre. Y en tanto que escuchaba vuestros reproches, bajo la tempestad de vuestro regaño, miraba flamear como un estandarte real la más opulenta y perfumada de las cabelleras rubias; y pensaba en la roja corola de los dos más lindos labios de niña, tras cuyo cerco de raso estaba la miel ultraterrestre de la más dulce fruta; y oía la voz amorosa que primeramente me despertara a la pasión de las pasiones; y bajo mis dedos nerviosos y avaros todo el tesoro columbino, y el del oro y el del marfil y el del rubí ¡el ala del cisne, la onda, la lira! No; no era yo, pues, el culpable; no fuí más que un nuevo instrumento de la infinita orquesta; y por furioso, por loco, por sonoro que fuese, no haría más que el mínimo gorrión de los árboles, o el más pequeño pez de las aguas.

Había que alistarme para partir. Abandonar el paraíso conquistado, mi amoroso trono, mi ciudad de marfil, mi jardín de flores encantadas, mi jardín de único perfume... Y, con la cabeza baja, triste, triste, parecíame que estuviese en la víspera de mi muerte, y mi partida, el viaje al país de la Muerte.

Porque ¿qué era todo sino muerte, lejos de lo que para mí era toda la vida?

Así, quedéme solo en el jardín, mientras mis padres enviaban a su sobrina, «por razones que luego explicarían», a casa de los suyos.

Quedé abrumado, abandonado de mi buena suerte, de mi hermoso ángel de carne, de mis ilusiones, de todo y de todos... ¡Negra existencia! Y como fuese entonces romántico y cabelludo, no dejé de pensar en una vieja pistola... yo sabía en qué armario estaba guardada... Escribiría dos cartas: una para mis padres y otra para... Y después...

—¡Pst! ¡pst! ¡pst!

Y después me pegaría un tiro, pronunciando el nombre de la más amada de las...

—¡Pst! ¡pst! ¡pst!

¡Dios mío! mi buena tía Rosa me llamaba por una ventana que daba al jardín; me llamaba con un aire que prometía algún consuelo, en medio de tanta desventura.

— Voy, tía.

Y de cuatro saltos bajé al jardín, un jardincito perfumado de naranjos floridos, y visitado con frecuencia por palomas y colibríes.

Os presento a mi tía Rosa Amelia, en el tiempo en que había llegado a sus cincuenta años de virginidad. Había sido en su juventud muy bella, como lo atestiguaba una miniatura que llevaba al cuello. Sus cabellos habían ya emblanquecido —*mais, où sont les neiges d'antan?*— y su cuerpo había perdido la gallardía de los años amables; mas en su rostro se mantenía una suave frescura de manzana, un tanto pálida; faz de abadesa aristocrática, iluminada crepuscularmente por una sonrisa melancólica y fugitiva. Había tenido en su juventud un novio amado, Rosa, cuando era como una rosa, y entre todas las buenas mozas, princesa. El novio no era del agrado de la familia, y la boda se agrió para siempre, porque el novio murió. Mi tía, tan linda, se fué marchitando, marchitando, marchitando... y, seco en el árbol su ramito de azahar, la pobre

mujer visitó santos durante toda su existencia. Le quedó el consuelo de amar como hijos a sus sobrinos, de hacer muy bellos ramos de flores y de formar matrimonios, embarcando en la epístola de San Pablo a todo el que a ella se acercaba.

—Ya he oído todo, me dijo, y sé todo lo que ha sucedido. No te aflijas.

—Pero es que me mandan al campo, y no podré verla a ella.

—No importa, muchacho, no importa. ¿Te quiere? ¡Bien! ¿La quieres? ¡Bien! Pues entonces os casarán, tu tía Rosa lo asegura.

Y después de una pausa, dando un gran suspiro, continuó de esta manera:

—Hijo, no pierdas el más bello tiempo de la vida. Sólo se es joven una vez, y el que deja pasar la época de las flores sin cortarlas, no volverá a encontrarlas mientras exista. Mira estos cabellos blancos, ellos son mis antiguos hermosos cabellos negros. Yo amé, y no pude cumplir con la ley de amor. Así, me voy a la muerte con la más larga de las tristezas. Amas a tu prima y ella te ama; hacéis locuras, os habéis dejado arrastrar por el torbellino; no es prudente, pero es ello de influjo natural e, indudablemente, Dios no se ha de enojar mucho con vosotros; y confía, Roberto, hijo mío, en que tú tía os casará. Todavía sois muy jóvenes. Dentro de unos tres o cuatro años os podréis unir. Pero no hagas caso a tu padre ¡ámala! Te vas al campo. Yo mantendré el fuego, tú me escribirás (¡oh, sublime tía!) y yo entregaré tus cartas... ¡Se ríen de ti porque te quieres casar! Pues te casarás. Vete al campo durante un tiempo; después de lo hecho, ella será tu mujer, ¡Y, ciertamente, está loca por tí!

Esto dicho, partió nuevamente, como deslizándose, hacia sus habitaciones. Y he aquí la alucinación que tuve. Mi tía permanecía cerca de mí, pero cambiada por una maravillosa virtud: Su cabello blanco y peinado, de solterona vieja, se convirtió en una espesa cabellera de oro; su traje desapareció al surgir el más divino de los desnudos, aromado de sutilísimo y raro aroma, cual despidiendo una tenue bruma de luz de la sacra carne de nieve; en sus ojos azules irradiaba la delicia del universo; y su boca misteriosa y roja me habló como una lengua de lira:

—«¡Yo soy la inmortal Anadiómena, la gloriosa patrona de los cisnes! Yo soy la maravilla de las cosas, cuya presencia

conmueve los nervios arcanos del orbe; yo soy la divina Venus, emperatriz de los reyes, madre de los poetas; mis pupilas fueron más poderosas que el entrecejo de Júpiter, y he encadenado a Pan con mi cinturón. La Primavera es mi clarín heráldico, y la Aurora mi timbalera. Murieron los dioses del Olimpo de Grecia, menos la única inmortal; y todas las otras divinidades podrán desaparecer, mientras mi rostro alegrará por siempre la esfera. Triunfa y canta en tu tiempo ¡oh santa Pubertad! Florece, Mayo; fructifica, Otoño. El pecado de Mayo es la capital virtud de la Tierra. Las palomas que llevan mi carroza por el aire se han multiplicado por los cuatro puntos del globo, y conducen mensajes de amor de sur a norte, y de oriente a occidente. Mis rosas sangran en todos los climas, y embalsaman todas las razas. Tiempo llegará en que la libertad Augusta de los besos llene de música al mundo. Infeliz del que no gozó del dulzor de su alba, y dejó podrirse o secarse, flor o uva, en el tallo o en la viña. ¡Feliz el joven que se llame Batilo y el viejo que se llame Anacreonte!»

En una mula bien aperada, y en compañía de un buen negro mayordomo, partí a la hacienda. Allí escribí más poesías que nunca, y tiempo después me alejaba muy lejos. A mi vecina no la volví a ver sino ya viuda y llena de hijos. Y a mi tía Rosa no la volví a ver jamás, porque se fué al otro mundo con sus azahares secos.

Permitidme que, a través del tiempo y de la tumba, le envíe un beso.

RUBÉN DARÍO.

Elegancias, revista de París, de XII - 1913, p. 42 y 43. Dos ilustraciones de Basté y firma autógrafa.

La maestría del relato, el brío de la expresión, el vigor de los caracteres, hacen de este cuento una pequeña obra maestra, ignorada.

La parte autobiográfica es clara. La vecina y prima de *Mi tía Rosa* es «mi prima Inés» de *Palomas blancas y garzas morenas*, cuento autobiográfico también, como lo declara Darío en el capítulo V de su *Autobiografía*. Menciona allí también a Anadiómena; pero aquí es una alucinación que recuerda el sueño que tuvo *Sylvestre Bonnard* en la biblioteca del castillo de M. Paul de Gabry.

Otra diferencia y mayor es la actitud de Inés en *Palomas blancas*, la cual, tras el beso, «un tanto enojada, salió en fuga».

La tía Rosa es todo un carácter, una especie de Don Quijote femenino, encarnación de ilusiones e ideales; en tanto que el sentido común y sanhopancesco está representado por «mis padres».

No sé si en el uso de Centro América la expresión sea *visitar santos* en vez de *vestir santos*, como decimos en Chile. La frase respectiva significaría, en todo caso: *la pobre mujer vistió santos durante toda su existencia*.

POSDATA, EN ESPAÑA

Libre de las garras de hechizo de París, emprendí camino hacia la isla dorada y cordial de Mallorca. La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad. Por cariñosa solicitud de mi excelente don Juan Sureda, por su cariño vigilante, mi alma y mi carne ganaban de día en día la conveniente fortaleza. Me hospedé, pues, en su casa, que es aquel Castillo del Rey asmático, en la pintoresca y fresca Valldemosa. Sobre este Castillo y su vecina Cartuja, como sobre todo aquel oro de Mallorca, escribí una novela en los días de mi permanencia en esa tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán en esas páginas de mi *Oro de Mallorca* fiel relato de mi vida y de mis entusiasmos en esa inolvidable joya mediterránea. Ese *gentilhomme* y profundo Lulista que es Juan Sureda, tiene en mi corazón un voto constante por su felicidad. Y ¿qué diré de mi agradecida admiración por la espiritual pintora que comparte la vida con mi recordado Sureda? Su esposa es mujer suprema y comprensora feliz del Arte. Vive trasladando a las telas los secretos de belleza de aquellos parajes. Pinta admirablemente y le ha arrancado a los olivos su ademán de muertos deseosos de clamar al cielo sus misterios y enigmas. Ha pintado olivos magistralmente. Ella, que es todo bondad creadora, me hizo mucho bien con su palabra creyente.

De Valldemosa partí un día en el *Rey Jaime I* que me trajo a la amable ciudad condal. Aquí debía residir, fijar la planta por muchos años, Dios mediante, y en verdad confieso que me es grata en extremo la estancia en esta tierra, «archivo de corte-sía», como reza la frase del glorioso manco de Lepanto.

Dejé a París, sin un dolor, sin una lágrima. Mis veinte años de París, que yo creía que eran unas manos de hierro que me sujetaban al solar luteciano, dejaron libres mi corazón. Creí llorar y no lloré.

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer.*

Y ya en Barcelona, en la calle de Tiziano, número 16, en una torre que tiene jardín y huerto, donde ver flores que alegran la vida y donde las gallinas y los cultivos me invitan a una vida de manso *payés*, he buscado un refugio grato a mi espíritu. Bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna, evoco mis días de Mallorca, sobre todo el de una tarde en que el poeta Osvaldo Bazil se empeñó en vestirme de cartujo. A los Sureda les supo bien la gracia, y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba. Llegué a pensar que acaso era lo mejor y en donde hallaría la felicidad. Y llegué a soñar, a sentir, en mí, la mano que consagra y acerca hacia la paz de la vieja Cartuja. Y ví el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que sería mi mejor obra y que abrirían las divinas puertas confiadas a San Pedro. Quimeras, polvo de oro de las alas de las rotas quimeras, ¿por qué no fui lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe pide, en supremos y ocultos éxtasis, al buen Dios que me acompaña? En fin, acatemos la voluntad suprema. De todo esto hablo en mi novela *Oro de Mallorca* y de otras cosas caras a mi espíritu que impresionaron mis fibras de hombre y de poeta.

En Barcelona he tenido días gratos y días malos. Aquí he admirado a Miguel de los Santos Oliver, y al poderoso «Xenius». He vuelto a abrazar a mi querido Santiago Rusiñol y al gran Peyus, como familiarmente es llamado Pompeyo Gener. Con todos he evocado y vivido horas de arte de ayer y de hoy. Una de mis primeras visitas fué para el amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo y maestro carísimo. He nombrado a Rubió y Lluch. Y he dado la mano agradecida al abundante y digno amigo Rahola. Entre estos amigos que son, junto con aquel glorioso muerto, con aquel poeta de la *vaca ciega* que se llamó Juan Maragall, con esos amigos y recuerdos de amigos catalanes, formo mi torre de mental esparcimiento. Gracias doy a la excelencia catalana por la paz que me ofrece la tierra del inmortal Mosen Cinto.

¿Y por qué no decir de mi visita a los grandes talleres tipográficos del excelente amigo don Manuel Maucci, si ella fué para mí grata y despertadora de recuerdos de otras épocas mías? Mis doradas bohemias tenían un eco bajo las paredes de la colosal empresa que ha levantado la voluntad triunfadora de un hombre, de Italia, de ese amigo Maucci que ha sabido modernizar los hierros y la acción de su casa hasta darle un

empuje que asombra y una importancia que yo aplaudo de veras. Mientras estuve allí, pensé en mis *Raros* y en una traducción de una novela que firmé en gracias a la adorada bohemia y de la cual no me quiero acordar. Pero todo esto tiene un gran encanto y, bajo los recuerdos, me sonrío y acaso suspiro. Maucci sigue en su amable charla introduciéndome por amplios corredores, explicándome la aplicación de máquinas modernas y la distribución de labores. Y en cada departamento hay millones de libros. Cuando oigo la palabra *millones* abro los ojos y miro asombrado a un lado y a otro. Estoy encantado de la visita, pero ya es hora de partir. El automóvil de Maucci me conduce a mi torre. Y aquí quedo pensando en la obra que realiza esa voluntad de hierro y una consagración de héroe. Pero me distrae de mi pensar en prácticas acciones, un vuelo de ave que pasa y me quedo abstraído en la contemplación de una estrella que aparece en el vasto cielo azul.

Páginas 281 a 287 de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo (Autobiografía)*. Barcelona. Casa Editorial Maucci. Sin fecha, pero de 1914, como se desprende de esta misma *Posdata*, si bien el libro no fué entregado al público sino a mediados de 1915. Compárese, para mayor certeza, con la carta del 22 - V - 1914, p. 84 del vol. *Epistolario, I*.

Estas páginas de Darío, las más valiosas de su *Autobiografía*, son fiel trasunto de su estado de ánimo en vísperas de la catástrofe a que había de arrastrarle su paisano Bermúdez. ¡Cuántas ilusiones y tribulaciones al borde de la tumba!

En Barcelona llaman *torre* lo que en Madrid y aquí en Santiago llamamos *chalet*, a la francesa.

La novela cuya traducción firmó (¿acaso no la hizo él?) es *Tomás Gordeieff* de Máximo Gorki, Maucci, 1902.

«Adorada bohemia», después de *la*, ¿no será errata, en vez de «dorada», como dijo antes?

BENJAMIN ITASPES

Itaspes, en sus momentos de exaltación, hablaba al mar como a una divinidad o ser inteligente; le hablaba en voz alta, o a media voz, como cuando decía, todas las noches, su padre-nuestro, pues había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combativo, y de su vida agitada y errante, muchas de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América.

Benjamín Itaspes gustaba poco del trato de la *gente*, de la *bêtise* circulante, que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía.

Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los maríneros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron. Almorzó, pues, sólo, en el barco. Al fin de la comida se atrevió, contra las prescripciones del médico, a tomar una taza de café.... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habían de devolverle la salud y el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil después de la última crisis que le postrará por largos días en cama, no recurría a los, por toda su pasada vida, habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado, desde su primera edad, de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Mas, se decía: —Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa, *al contado*, un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea? Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se pre-

sentaba a lo infinito tal como era, lleno de ánimo y de incontenibles instintos. Y así besaba, o comía, o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes momentáneos, cuya posesión traía después irresistiblemente horas de desesperanza y de abatimiento. Mas, se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza; de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento; del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida *manquée*, del padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recuerdo de los excitantes, de los alcoholes de pérfida ayuda. Se encontraba, a los cuarenta y tantos años, fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano. Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación.

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes. Y, sobre todo esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y agotadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. En sus angustias, a veces inmotivadas; se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a la vida esta-

ba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en el inevitable fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job, al roce de lo nocturno invisible.

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer sino por cortos períodos de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era; cansado ya de una copiosa labor, cuyo producto se había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los *patrones*, de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gástrico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, aniante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer — ¡al olvido de la muerte!— como durante toda su vida. ¡Curioso Benjamín Itaspes!

RUBÉN DARÍO.

Las Ultimas Noticias, diario de Santiago de Chile, del 14 - XI - 1916, p. 1. Tiene un subtítulo: *Confesiones de Rubén Darío*, y esta advertencia: «Las líneas que siguen, fragmentos de *El Oro de Mallorca*, novela inconclusa y no publicada de Rubén Darío, constituyen uno de los más sugestivos documentos humanos. Bajo el trasparente velo de Benjamín Itaspes, *músico célebre*, se ocultaba el propio Rubén Darío, según confesión, por otra parte inútil, que de viva voz hizo el autor pocos días antes de morir». No sólo «de viva voz». Véase la *Posdata*, *En España*, p. 93 de la presente compilación.

También se publicó en la revista de Santiago de Chile *Los Diez*, N.º IV, de IV - 1917. Y ambas publicaciones son copia de otra aparecida en la revista *Nosotros* de Buenos Aires, 1916.

EL POEMA DE LA ROSA NIÑA

EXPLICADO POR EL MISMO MAESTRO

¡París! ¡París! ¡ah París! canta el verso de mi muy querido Amado Nervo. Y hoy que se acercan las alegrías de Noël, no puedo menos que pensar en la Villa encantadora que se agita entre prodigios de patriotismo y angustias de guerra. ¡Cuántas veces ví caer la nieve, oí los cánticos de Notre Dame y de Saint Severin, gusté la morcilla blanca y bebí sol nocturno en los diluídos oros de Champagne! ¡Cuántas veces pasé esta fiesta en amena casa familiar, o al són de los violines zíngaros en los cafés en donde impera la maravilla de la parisiense!

Fué para una niña de París, que junta las gracias de Lutecia a nuestra cálida y subyugadora belleza americana, que yo escribí, no hace mucho tiempo, un poema que me inspirara su delicada beldad en flor y a quien ví danzar, con tanta elegancia como finura, un paso de gavota o de pavana.

La niña gentil era, en verdad, semejante a un botón de rosa. Y como fuese el tiempo de Navidad, ocurrióseme el «mito» que traduje en versos en que quise acercarme a lo exquisito del objeto. Hábil artista ilustró la lírica ocurrencia, y el mejor premio lo tuve en la complacencia de la deliciosa damita que supo gustar de mis músicas verbales.

Quise representar en esta poesía, el divino poder del querer inocente y la fuerza íntima de creación que hay en la volición incontaminada. Esa es la que hace mover las montañas, según la palabra de Jesús, y la que en el alba de las religiones realiza los prodigios y las metamorfosis. Homero y Ovidio están contenidos en Ezequiel y en Juan el de Patmos. Y mi niña que se torna rosa por el milagro de pureza formidable, es tan factible,— dejádmeme pasar la palabra — como el cuervo milenario de Leconte de Lisle, las rosas de la reina de Hungría o el vino de Canaán.

Poco mérito quizás hallarán mis lectores refinados en un poema que, se puede decir, se aparta de mi habitual manera, calificada, quizás con exceso de escrúpulos, de algo difícil. Yo he querido aquí ser comprendido por todos y que mis amigos de la aristocracia mental se junten, en la sencillez de la armonía, con mis apreciaciones populares. Sé que es muy difícil decir justamente de un poeta lo que Giovanni, del Virgilio bolonés,

dice en un epitafio del Dante: *Gloria Musarum, vulgo gratissimus auctor.*

Y al acabar estas líneas de introducción, ofrezco a vuestro recuerdo mi poema de *La Rosa Niña.*

(Sigue el poema, 17 cuartetos y 1 sexteto de versos hexasílabos dobles, tal como apareció en la revista *Mundial* de V - 1912, páginas 28 a 30, con ilustraciones, y se reprodujo en la p. 117 y siguientes de *Canto a la Argentina y otros poemas*, Madrid, 1914.)

Las Últimas Noticias, diario de Santiago de Chile, del 8 - II - 1916, página 4.

Esta «explicación», que podría ser añadida a las de *Historia de mis libros*, está precedida en el diario de donde la copio de las siguientes reflexiones: «Hojeando los diarios de Centro América, último refugio del poeta, que fué a esperar la muerte en su país natal, en el regazo de la mujer a quien se uniera en una hora de locura juvenil, hemos encontrado los últimos trozos de su pluma fecunda. Para nosotros son enteramente desconocidas las dos composiciones que el maestro ha dedicado a un diario de El Salvador, y que copiamos». La otra «composición» es *Divagaciones* (Véase en la presente compilación), que se dice tomada de *El Diario de El Salvador*.

La fecha de composición de este comentario se desprende de los primeros renglones: vísperas de Navidad de 1915. La de publicación en *El Diario de El Salvador* ha de ser poco posterior.

La «niña de París» era «Mademoiselle Margarita M. Guido» a quien fué dedicado el poema, hija de uno de los editores de las revistas *Mundial* y *Elegancias*, que dirigió Darío en 1911 a 1914.

En vez de «calificada, ... de algo difícil», el original que copio dice «delicado. ...». Lo que he considerado errata.

La frase en latín significa: Gloria de las Musas y autor agradabilísimo para el vulgo.

IV

OTROS ESCRITOS AUSENTES DE LAS OBRAS COMPLETAS DE DARIO

Para la corona fúnebre de Juan Diego Braun. (Composición en verso). En: Pío Viquez, *Corona fúnebre* etc. San José de Costa Rica, 1885. Reproducido en: *Escritores y poetas de Costa Rica* por Rogelio Sotela. San José, 1923, p. 65.

Benjamín Vicuña Mackenna. «El Mercurio» de Valparaíso del 7 - IV - 1886. Artículo necrológico. Se reproduce en *Obras de Juventud de Rubén Darío*, Santiago, Chile, 1927, p. 326 y siguientes.

La historia de un picaflor. «La Epoca» de Santiago de Chile, del 21 - VIII - 1886. Cuento de una columna de extensión. Unos picaflor comentan la belleza y los halagos de una joven. El más hermoso es cazado por ella, embalsamado, y puesto de adorno en su sombrero.

La guitarra de Iparaguirre. «La Epoca» del 10 - IX - 1886. Narra en tres cuartos de columna las hazañas del patriota vizcaíno, tal como se las oyó contar al pintor vasco I. Ansola. En Montevideo se acababa de hallar la histórica guitarra en que Iparaguirre cantó su himno al pie del «árbol de Guernica».

Apuntaciones literarias. «*Siluetas de la Historia*», colección de poesías por Pedro Nolasco Préndez. «La Epoca» del 12 - IX - 1886. Artículo crítico de dos y media columnas. He reproducido algunas frases en la p. 53.

Centro América, 15 de Septiembre 1821. «La Epoca» del 16 - IX - 1886. Artículo de un tercio de columna sobre política centroamericana, firmado R. D. solamente.

Rosa. Poemita intercalado por Darío en el capítulo «El Artista» de *A. de Gilberti*, y escrito en Valparaíso el 10 - IV - 1887. Se publicó en «La Epoca» días después, y ha sido recogido también en *Obras desconocidas de Rubén Darío*, p. 98. Donde hace falta, pues, es en el volumen de *Poesías completas*.

Carta-Prólogo de la primera edición de *Emelina* (1887).

Sonetos americanos. «La Epoca» del 11 - XI - 1888. Sólo dos de los tres: *Chinampa* y *El sueño del Inca*, porque *El toqui* es casi exactamente *Caupolicán*, recogido en *Azul...* (1890). Se hallan, además intercalados en tres artículos: *Rubén Darío y su creación poética* por don

Raúl Silva Castro («Anales de la Universidad de Chile», 4.º trimestre de 1934), *Rubén Darío's First Sonnets in Alexandrines* por Mister E. K. Mapes («Philological Quarterly», Enero de 1935), y traducción del anterior en la «Revista Hispánica Moderna» de Nueva York, Julio de 1935.

Los 23 trozos en verso y 37 en prosa recogidos en *Obras desconocidas de Rubén Darío* (1886 - 1889), menos dos en verso: *A Rosa*, *Al obrero*, y dos en prosa: *Apuntaciones y párrafos*, *El libro «Asonantes»*, que están en las «obras completas». Otros dos: *Lastarria* y *Amundéguí* habían sido recogidos ya en *Obras de Juventud*.

Poemas en francés de la segunda edición de *Azul...* (Guatemala, 1890). Son tres.

De los trozos intercalados en *Revelaciones íntimas de Rubén Darío* por el Sr. Soto-Hall (referentes a 1890 - 1891): el artículo de despedida de «El Correo de la Tarde» (p. 182); y algunas estrofas sueltas (p. 213, 222, 245).

De los trozos recogidos en *Rubén Darío en Costa Rica (1891 - 1892)*, 14 en prosa: *Una tarea*, *Fiesta de la Patria*, *Cabezas de estudio*, *Instrucción pública*, *De viaje*, *Crónica*, *El hombre bueno*, *En la muerte de Virginia Facio* (art. sin título), *El mercado*, *La estación*, *La mascarada*, *Enriqueta*, *Carta sobre Rojo y Negro* (sin título), *Mayo alegre*.

Los *Escritos inéditos de Rubén Darío recogidos de periódicos de Buenos Aires* (de 1893 adelante), en curso de publicación en la «Revista Hispánica Moderna» de Nueva York.

La *Carta confidencial a don Emilio Rodríguez Mendoza*, del 10 - II - 1895, incluida en las p. 393-397 del libro de este escritor: *Como si fuera ayer!*... (Santiago. Chile. Casa Editorial «Minerva», 1922, en el lomo de la cubierta.)

Artículo sobre el Carnaval, en «La Nación» de B. Aires, de III - 1895.

Juana Borrero. Una María Bartikiestchief, cubana, † en la Habana el 12 de Marzo de 1896. «Cervantes», revista de Madrid, de II-1917, p. 79 - 88. Es una semblanza de la poetisa.

Artículo sobre los poetas chilenos, publicado en B. Aires en 1896, mencionado por E. de la Barra en «Revista Cómica» de Santiago, IV-1896.

A poblá..., entre las prosas compiladas por don Regino E. Boti en *El árbol del rey David*. Pinta la transformación de un inmigrante en la Argentina. Posiblemente es obra de su primera estancia a orillas del Plata.

Preludios de Carnaval. «La Libertad Electoral» de Santiago de Chile, del 13 - II - 1897, 2.ª pág. Artículo de más de una columna. Comentario al poema *Canción de Carnaval* de *Prosas profanas* y fantasía en que se intercalan los 15 cuartetos del poema. Lleva al pie la fecha «Enero de 1897» y está tomado tal vez de «La Nación» de Buenos Aires.

María Guerrero. «La Tarde» de Santiago de Chile, del 30 - VI - 1897. Artículo tomado seguramente también de «La Nación». Crónica teatral en elogio de la Guerrero, que actuaba entonces en Buenos Aires. Habla del desdén de España para la América Latina y vice-versa. Dice que María Guerrero revela la grandeza española mejor que Menéndez Pelayo. La llama Grande de España y del Arte. Todo ello a propósito de la representación de *La dama boba* y de *Tierra baja*.

El *Libro quinto y último de La caravana pasa* (1902). Son 44 páginas referentes a pintores y sus obras.

Excmo. Sr. Leónidas Plaza G. Actual Presidente de la República del Ecuador (en 1902!). «Hojas selectas», revista de Barcelona, Salvat y Cía., 1902, p. 897 y 898. Es una semblanza, con retrato, como las de *Cabezas y Semblanzas*. Está fechada en París.

Historia de las joyas. «Pluma y Lápiz», revista de Santiago de Chile, del 17 - I - 1904, p. 6. Página y media de prosa erudita sobre las piedras preciosas, y con poca fantasía para ser de Darío.

La canción francesa. «Pluma y Lápiz» del 24 - IV - 1904, p. 1. Media página de erudición sin fantasía sobre las canciones populares francesas.

El retorno a la tierra natal. A la intelectualidad nicaragüense. León (Nicaragua), Tip. «J. Hernández», 1907. 5 p. (Suplemento al N.º 4 de «El Alba».

Discurso en la Academia de Bellas Artes, en: *Laurel Solariego*, 1907.

Artículo publicado en el diario «Paris-Journal», en 1910, al parecer en francés, contra la política imperialista de los yankees, citado por Contreras en su *Rubén Darío*, p. 115 y 119.

Carta-Prólogo de Bolívar y San Martín por Hugo D. Barbagelata, París, 1911; folleto de 94 páginas; la breve carta de Darío va en la 8, y está fechada «París, 6-VI-1911».

Cabezas. Manuel Lázarez. «Mundial», revista de París que dirigió Darío, de V - 1913, p. 3. No fué recogida en el volumen *Cabezas*.

Entre los artículos anónimos de «Mundial», como ser *Los artistas Hispano-Americanos en el Salón de Bellas Artes de París* (N.º 1, p. 37, Mayo 1911), etc., debe de haber varios de Darío. En todo caso, lo es *El mes Hispano-Americano* (N.º IV, p. 430, Agosto 1911), firmado R. D. Y hay otros del mismo título.

Aurora Cáceres. «Elegancias», revista gemela de «Mundial», V - 1912, p. 38.

Mimi Aguglia. «Elegancias», II - 1913, p. 414.

Delfina Bunge de Gálvez. «Elegancias», III - 1913, p. 418. Es una «cabeza» que también falta en el libro respectivo.

Anticipos de la moda. «Elegancias», IV - 1913, p. 474. Párrafo firmado solamente R. D. ¿Cuántos de estos humildísimos párrafos, sin firma, le impedirían al grande hombre aderezar un nuevo poema? ¡Da pena pensarlo!

Dos artistas argentinas. «Elegancias», X - 1913, p. 178. Se trata de Beatriz y Ofelia Guglielmini.

No he logrado revisar los números de «Elegancias» de Enero a Julio de 1914, en que debe de haber otras colaboraciones de su director literario.

Prólogo. Un libro muy bello. En las páginas 11 a 17 de *Rubáiyat de Omar-Al-Khayyam*, trad. de Carlos Muzzio Saenz-Peña. Madrid, 1925. Pero la primera edición se publicó en la Plata en 1914. El *Prólogo* está fechado en «Barcelona, Junio de 1914» y apareció en «La Nación» de Buenos Aires del 21-VIII-1914.

José Martí, Poeta. «Repertorio Americano» de San José de Costa Rica, t. II de 1921, p. 243 - 245 y 257 - 258. También, en las p. 9 a 69

del librito de igual nombre editado en París, sin fecha, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, «Biblioteca Liliput», 176 p., por don Emilio Gascó Contell. Es un estudio más completo que el de *Los Raros*.

No he logrado ver los prólogos de Darío en las obras siguientes (y debe de haber otras más):

Vicente Acosta, *La lira joven*. San Salvador, 1890.

Aquileo J. Echeverría, *Concherías*. San José, C. R. 3.^a ed. corr. 1927. «Es acaso el artículo *El poeta de Costa Rica*, recogido en *Todo al vuelo?* La 1.^a ed. es de 1905 y no tiene pról. de Darío.

Manuel Ugarte, *Crónicas del bulevar*. París, 1903.

Santiago Pérez Triana, *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco*. Madrid, 1905.

Melancólica sinfonía, en *Teatro de Ensueño* por Gregorio Martínez Sierra, Madrid, 1905, p. 11 a 14.

Rufino Blanco Fombona, *Au-delà des horizons. Más allá de los horizontes, petits pèomes lyriques*. París, 1908.

Edgár Allan Poe, *Poemas*. Madrid, 1909.

Alejandro Sux, *La juventud intelectual de la América hispana*. Barcelona, sin año, pero de 1911 o 1912.

Eugenio de Castro, *Salomé y otros poemas*. Trad. en verso de F. Villaespesa. Madrid, 1914.

Tulio Manuel Cestero, *Hombres y piedras: al margen del Baedeker*. Madrid, 1915.

Tampoco he logrado revisar los primeros años de la revista «Cervantes» de Madrid, que desde su primer número, en Agosto de 1916, publicó obras de Rubén Darío.

Otro tanto me ocurre con la «Colección Ariel», de San José de Costa Rica, en tres o cuatro números de la cual hay también artículos de Darío.

En fin, en cuatro libros se mencionan obras que parecen inexistentes: en la p. 75 del *Rubén Darío* de Vargas Vila, éste alabó una Oda a la «Muerte de Bizancio», de 1901; en la 153 de *Letras Hispano-Americanas desde la época colonial hasta nuestros días* de don Aliro Carrasco (Santiago de Chile, 1919) se menciona un soneto arcaico dedicado por el Nicaragüense a Ricardo Jaimes Freyre; en la 118 del *Epistolario - I* de R. Darío (t. XIII de «obras completas», ed. por su hijo), el poeta menciona «los versos *Confesión*» que no quiere que se publiquen en *El canto errante*; y en la 279 de *Rubén Darío* por F. Contreras (prim. ed.) se habla de *Un cuento para Jeannette* y de *La leyenda de San Martín*, esta última mencionada también en «Mundial» de VI - 1913. (1)

(1) De las obras catalogadas por don Julio Molina Núñez en el N.º 134 de «Atenea» Agosto de 1936, las que en este estudio no se mencionan se hallan en las «obras completas».

Ha aparecido en Santiago, editado por la Empresa Zig-Zag, 1937, un libro nuevo de Darío: *El hombre de oro*, y *La isla de oro*, obras compuestas, la primera, durante su primera estancia en Buenos Aires, la segunda, en 1907 u 8, y que habían sido ofrecidas en los catálogos «ne varietur». Hagámoslo constar aunque sea en el último momento.

L I S T A

DE LAS POESÍAS Y PROSAS COMPILADAS

ADVERTENCIAS.

- I. *Poemas que no he encontrado en las «obras completas».*
 En la última página del Romancero del Cid (1881).
 Lohengrin (1886).
 Parsifal (1886?).
 La lira de siete cuerdas (1888).
 Himno de los bomberos (1888).
 Ya Dionisio..... (1888?).
 Chiripa (1889).
 Parodi (1890).
 Lieder (1891).
 En el álbum de Adriana (1891?).
 La Negra Dominga o Fragmento (1892).
 Chi-Chá (1893).
 Al petite Isabeau (1893).
 Para el álbum de Pepita Rivas (1893).
 Roma (1896).
 Balada a Leopoldo Díaz... (1897).
 España (1899?).
 Toast. A don Justo Sierra (1901).
 Fidelidad (1901?).
 Para Coconí (1902).
 Canción de España (1903?).
 Joseph Gustave Moreau (1905).
 Antonio Machado (1907).
 A María Castro (1908).
 A Mariíta Debayle (1908).
 A Carrasquilla-Mallarino (1908).
 Para Alice de Bolaños. En un abanico (1908).
 A mi joven amigo Carrasquilla Mallarino (1909).
 A la señorita Piedad González. En una postal (1909).
 Para Lola (1909?).
 Antonio de Hoyos y Vinent (1910?).
 Versos improvisados (1910?).
 Fioretti (1912).
 Todo lo que enigmático destino... (1912).
 Balada en elogio del poeta Eugenio Díaz Romero (1912).
 Balada laudatoria... (1912).
 A Bolivia (1912?).
 Cantares (?).
 Oda a la Francia (1914).
 Dedicatoria a Amy V. Miles (1915).
 Divagaciones (1915).

II. *Poemas trabucados.*

Balada de la bella niña del Brasil (1911).

Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas (1912).

Lúcia (1912).

Flor argentina (1912).

III. *Prosas que no he encontrado en las «obras completas».*

Carta-Prólogo de *Renglones cortos* (1887).

Carta del País Azul (1888).

La novela de uno de tantos (1890).

Prefacio de *Gotas de Absintio* (1895).

Carta a don Emilio Rodríguez Mendoza (1896).

Los colores del estandarte (1896).

Prólogo de *El Mar en la leyenda y en el arte* (1897).

El dolor de no amar y el dolor de amar (1905).

La Larva (1910).

Carta a don Luis Orrego Luco (1912).

Recuerdos argentinos (1913).

Mi tía Rosa (1913).

Posdata. En España (1914)

Benjamín Itaspes (1914).

El poema de La Rosá-Niña, explicado... (1915).

IV. *Otros escritos ausentes de las «obras completas» de Darío.*

ADENDA

La *Oda a la Francia* que se publica en la página 43 es traducción de la *Ode à la France* que Darío compuso antes de abandonar París en Mayo de 1914, pero que sólo fué leída tal vez por otra persona, en la fiesta del 5º aniversario del Comité France-Amérique de París, el 25 de Junio de 1914, y publicada en la revista *Mundial* de Agosto de 1914, con traducción al castellano que no debió de ser hecha por Darío, pues no es exacta. La *Ode*, en francés, pasó al libro *Canto a la Argentina y otros poemas* con el título de *France-Amérique*, sin la traducción y con algunas diferencias ortográficas.